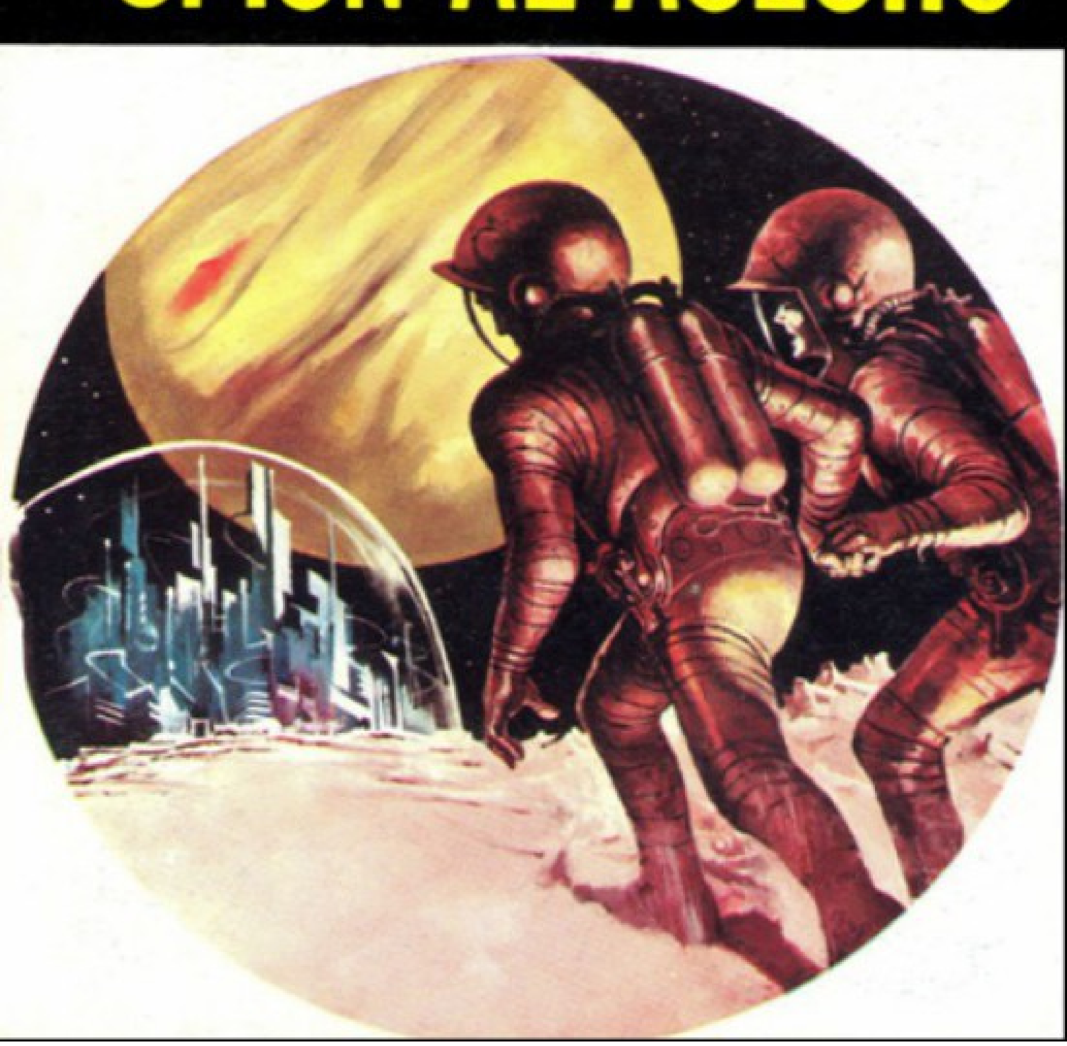
ESPACIO — EL MUNDO FUTURO

PETER KAPRA

"SPION" AL ACECHO



Spion al acecho

Peter Kapra

Espacio el Mundo Futuro/420

CAPÍTULO I

La—«F.l.» (Federación Interplanetaria) contaba en el año 2140 con el número de quince mil millones de seres, regidos por seiscientos nueve comisiones gubernativas, dependientes todas ellas de la Comisión Central de la «F.I.», el mayor órgano ejecutivo conocido jamás en la historia de la Humanidad.

La «F.L» era un organismo secreto. Después de muchos siglos de contiendas, inquietudes e iniquidades, los hombres habían llegado a la conclusión siguiente: acatamiento y sumisión a «nadie».

Las seiscientas nueve comisiones gubernativas eran algo así como delegaciones supeditadas a un organismo anónimo. Ni siquiera sus miembros, elegidos por votación popular, sabían quiénes se encontraban en la más alta magistratura de la «F.L», ni dónde se encontraba ésta, si en la Tierra o en Marte, y ni siquiera cuántos hombres la componían.

Era un modo práctico y sencillo de gobernar. Jamás habían ocurrido incidentes serios. Cada ser natural, por educación, sabía sus obligaciones y derechos. Nadie trasgredía la Ley y la convivencia universal era perfecta.

Y esto era posible gracias a un fabuloso descubrimiento llevado a cabo a mediados del siglo XXI, cuando un grupo de sabios europeos descubrieron las ondas «neúricas» y el selector multidimensional, a través del cual era posible controlar y observar hasta los pensamientos más íntimos y recónditos de los hombres.

Hasta entonces, la humanidad se había desarrollado en torno al pequeño y particular mundo que cada ser humano lleva dentro de sí. Uno ha podido siempre mentir, encerrarse en sí mismo, aislarse,

o fingir lo que no es. El «Neuriscopio» había venido a cambiar radical y totalmente la estructura de la sociedad humana.

En primer lugar, terminó definitivamente con todas las guerras. Se acabaron los odios, porque estaba prohibido odiar a nuestros semejantes. Un pensamiento ilegal era permitido. Pero, si del pensamiento se pasaba a la obra, el transgresor quedaba descubierto inmediatamente.

En ese caso, actuaba «Spion».

«Spion» era realmente el órgano ejecutivo de la Comisión Central de la «F.I.», pero su estructura y organización era el mayor de los secretos en unos mundos donde nadie podía rebelarse contra seres, al parecer, inexistentes.

En realidad, agente ejecutivo de «Spion» podía ser cualquiera.

En un complejo mundo industrial, agrícola, comercial o científico, donde todos los seres cumplían a determinadas horas un cometido obligatorio, podían ser agentes de «Spion» desde un insignificante labrador hasta un sabio genial, pasando por una ama de casa, un niño, incluso, en edad escolar, o un piloto de astronave.

Y, en verdad, ni siquiera los agentes de «Spion» se apercibían de estar realizando una misión encomendada por la Comisión Central de la «F.l.» Esto podría parecer asombroso en otra época que no fuese el año 2140, anterior, naturalmente.

En esa época, no lo era en absoluto, debido a la existencia del «Neuriscopio»...

* * *

Un hombre o una mujer, un niño o un anciano, en cualquier parte de los veintitrés mundos habitados —planetas y satélites—, ocupado en su trabajo, durmiendo o descansando, podía sentir dentro de sí, en cualquier momento, la sensación de que «algo» le hablaba.

«—Atiende, "X"; te habla "Spion". Te hemos elegido para un servicio de información.

»—¿Qué debo hacer?» —respondía inconscientemente el elegido.

Inmediatamente, se le daban instrucciones concretas, de las cuales era imposible evadirse. El hombre, o quienquiera que fuese el seleccionado por «Spion», quedaba controlado a distancia por las

invisibles ondas del «Neuriscopio» y sus actos obrarían según «órdenes—reflejos», que le moverían, como si fuese una especie de autómata involuntario, hasta que su misión quedase cumplida.

Una vez realizada la misión, el individuo volvía a quedar libre para reanudar sus actividades normales, ¡y en su mente no quedaba el menor vestigio o recuerdo de cuanto había hecho!

Sin embargo, si el infractor no quería obedecer a la Ley, era eliminado irremisiblemente, y para ello se elegía un agente ejecutor por «Spion», quien se encargaba de matar al culpable, bien de suerte que pareciera un accidente, administrándole alguna droga fatal, o bien de cualquier otra suerte, según fuesen las instrucciones de «Spion».

«Spion» controlaba a quince mil millones de seres... ¡Y nadie sabía qué era «Spion», dónde estaba ni cómo actuaba!

* * *

Bend Barrow tenía una pecera en su apartamento. Le gustaba, de vez en cuando, contemplar las evoluciones del único pececito rojo que habitaba en aquella prisión de cristal y agua, y verle subir hacia la superficie en busca de alimento que él le echaba.

Esto y el «base—ball» eran sus distracciones favoritas.

Bend Barrow habla tenido que salir corriendo del laboratorio químico, donde trabajaba, en la Instalación «Cromer», de Sídney (Australia), para llegar a su apartamento a tiempo de ver empezar un partido de «base—ball».

Todo empezó al sentarse ante la pantalla.

«—Atiende, Bend Barrow; te habla "Spion". Te hemos elegido para un servicio especial.

Bend Barrow tuvo la impresión de que el tiempo se había inmovilizado en torno suyo. La voz que repercutía en su mente era nítida, clara, como procedente de una grabación en alta fidelidad, aunque un tanto metálica.

»—Y ¿qué debo hacer?

»—Vas a tomar tu coche y te dirigirás a Burke, donde se encuentra la Base Darling, de experimentación espectrofísica. Preguntarás por la doctora Janet Norman. Verás que se trata de una mujer joven, atractiva e interesante... El tipo de mujer que te gusta,

indudablemente. De haberla conocido antes, casualmente, habrías intentado casarte con ella. Eso es lo que tienes que hacer. Enamórala. Allí tienes a un amigo, el profesor Chow, a quien conoces de la Universidad que intercederá. A "Spion" le interesan los experimentos que la doctora Norman está realizando con una banda ultravioleta, cuya frecuencia puede alterar nuestras ondas. Janet Norman debe olvidar sus investigaciones. No continuar su programa de trabajo, porque, si lo hace... ¡Tendrás que matarla!

» —Sí. He comprendido.

» —Pues ve allá inmediatamente. Te seguiremos informando.

Bend Barrow creyó haber abierto los ojos. Escuchó de nuevo el sonido amortiguado que llegaba de la calle. Y vio a «Ili» evolucionando cerca de la superficie de la pecera, contento, como siempre.

»No ha tenido nunca tiempo de buscar a una mujer bonita... Y las hay, ¡qué duda cabe! En la Instalación "Cromer" hay un millar de mujeres, todas bonitas. Unas están ya casadas; otras, son solteras, pero no encuentro en ellas ese atractivo maravilloso que...

Sin terminar la frase, distraídamente, Bend Barrow se alejó de la pecera y se acercó al televisor panorámico para desconectarlo. Estaban transmitiendo ahora un boletín informativo y Lon Carroll, el famoso locutor, aparecía en la pantalla radiorámica, sonriendo como si estuviese allí mismo, detrás de un cristal mágico.

—... de Burke, donde la señorita Janet Norman, doctora en espectrofísica, afirma haber hecho un interesante descubrimiento más allá de la banda ultravioleta. Pasamos la comunicación a nuestro corresponsal, Albert Green.

La pantalla fluctuó, cambiando de imagen. Y Bend Barrow quedó con la mano extendida, sin llegar a cerrar el televisor. El rostro femenino que apareció ante él, como por arte de magia, parecía poderse acariciar.

Se trataba de una mujer de rostro ligeramente ovalado, ojos grandes y azules, aunque algo oscuros, de boca bien dibujada por los maquilladores, mentón firme y nariz recta.

¡Bend no había visto jamás una mujer más bonita!

A su lado, con un micrófono radiogónico en la mano, sin cable, estaba el conocido entrevistador Albert Green, moreno, bien peinado, sonriente, diciendo:

—Uno no tiene la suerte de entrevistar todos los días a doctoras tan jóvenes y atrayentes. En vez de preguntarle sobre su descubrimiento físicos, sería más grato hablar acerca de un romántico paseo a la luz de la Luna por el río… ¡Ejem, perdón, doctora! ¿Está usted prometida?

—Sí, con mi profesión —contestó Janet Norman, sonriendo.

—Hablemos, pues, de su profesión. ¿Quiere vulgarizar lo que ha descubierto? Hay millones de espectadores que sólo tienen nociones de física.

—No será fácil definir la onda «da—na», porque yo misma ignoro cuál es su origen. Se produce en una región muy sensible del campo de radiación, 0,00036149…

—¡Caramba, doctora! —exclamó el locutor—, A eso podemos llamar precisión. ¿Y de dónde extrae esa cifra tan simpática?

— Del círculo matemático, según observaciones en la pantalla de óxido de cadmio. Hasta ahora, con la pantalla de óxido de níquel, se lograban los rayos ultravioletas conocidos con el nombre de «rayos de Wood», o «luz negra», que se produce, como debe usted saber, en lámparas de vapor de mercurio de ampolla de cuarzo y óxido de níquel. Yo, con mi pantalla de óxido de cadmio, he ido más allá y obtenido los rayos «da—na». No es más que una tarea de perfeccionamiento.

—¡Fantástico, aunque confiese ser un auténtico profano en la materia! Ahora, dígame, doctora Norman. ¿Qué utilidad tienen los rayos «da—na»?

—¿Utilidad? — Janet Norman hizo un mohín gracioso—. No sé qué contestarle. Se trata de un experimento de laboratorio. Igual no conducen a ninguna parte, como podemos descubrir algo sumamente valioso para el progreso de las ciencias.

—¿Valioso en qué sentido? —insistió el entrevistador, gozoso de acorralar a la doctora.

—Pues… Tal vez permita interferir cierta clase de ondas magnéticas, modificándolas a nuestro antojo.

—¿Podrían los rayos «da—na» interferir esta transmisión que estamos efectuando, haciéndola aparecer a usted en la pantalla como una viejecita?

Janet Norman sonrió y contestó:

—No creo que llegase a tanto. Pero sí, con la suficiente

intensidad, podríamos fragmentar, e incluso modificar parte de la transmisión. Naturalmente, esto no lo haremos.

—Pero, ¿podría hacerse?

—Tal vez sí —admitió la doctora, muy seria.

—¿Y modificar el resultado de un partido de «base—ball», como el que acaba de transmitir nuestra cadena, haciendo ver a millones de telespectadores que han ganado los «Morbids» en lugar de los «Nemos»?

Janet Norman volvió a sonreír y repuso:

—Podría hacerse, naturalmente. Pero sería espantoso. Todo el público ha presenciado el encuentro y modificar el resultado final ocasionaría un caos.

—Bien, supongamos que no alteramos el resultado del partido, porque el público ha presenciado los incidentes del encuentro. Pero suponga usted, por ejemplo, que anunciamos el resultado de una votación gubernativa y los rayos «da—na» nos hacen una jugarreta. El público no puede saber cuál ha sido el escrutinio...

—Perdone, señor Green —atajó Janet Norman — . Pero todas sus preguntas, pueden hacerme parecer como una delincuente, cuando soy una investigadora. Una vez perfeccionado mi descubrimiento, será la ciencia quien dictamine sobre el uso que habrá de darse a los rayos «da—na». Mi tarea consiste en investigar, no en buscar aplicaciones delictivas a los rayos.

—Perdón, señorita Norman. No ha sido mi intención molestarla. Le felicito cordialmente por su meritorio trabajo y espero, ¡y lo deseo de todo corazón!, que le concedan el premio «Altair». Y con esto, amigos míos, damos por terminada nuestra entrevista con la bella y simpática doctora Janet Norman, desde la Base Darling, en Burke, Australia, y devolvemos la conexión con nuestros estudios centrales. Esta ha sido señores y caballeros, «La verdad al descubierto».

Bend Barrow vio desaparecer la imagen pancromática y en relieve de Albert Green y de Janet Norman, y el semblante de esta última quedó indeleblemente grabado en su mente.

—¡Cielos, qué mujer más preciosa!

* * *

Y en el año 2140, en otro lugar del mundo, en América, concretamente en el Centro Médico Oficial de Kansas City, un hombre de regular estatura, llamado Kristi Sumba, de ascendencia hindú, era introducido en el amplio y bien iluminado despacho de la doctora en psicopatía, Tali Gwla, quien le recibió con una encantadora sonrisa.

—Me han dicho que se llama usted Kristi Sumba, ¿no es así?

—Sí… Ese es mi nombre —asintió el hombre moreno, un tanto nerviosamente.

—Pues bien, señor Sumba. ¿Cuál es su problema?

—Unos amigos me han aconsejado visitarla. Yo no creo hacer ningún mal a nadie… En realidad, no sé lo que me ocurre… ¡Le aseguro a usted que yo no quería hacer daño a nadie!

—Vamos, tranquilícese, señor Sumba. Confíe usted en mí y cuénteme su caso.

—¿No me castigarán?

—Y ¿por qué habíamos de castigarle?

—Es que yo… Bueno, me he beneficiado considerablemente en las carreras y pronósticos deportivos.

—Pues reciba mi felicitación. Si ha tenido usted suerte en las apuestas nadie se lo puede reprochar —dijo la doctora Tali Gwla, con una amable y cordial sonrisa.

—No se trata de eso, no… Mis amigos opinan que he delinquido… Yo no tengo suerte. Es otra cosa —continuó diciendo el hombre, con evidentes muestras de creciente nerviosismo.

—¿De qué se trata, pues?

—Verá… Yo apuesto seguro de ganar.

El semblante de Tali Gwla se puso serio.

—¿Hace usted trampas?

—¡No, le aseguro que no es eso! Yo intuyo, presiento o veo…, no sé cómo decírselo. De ningún modo hago trampas, le doy mi palabra de honor. Ocurre que paso ante una agencia de apuestas, donde se anuncian las pruebas que han de celebrarse al día siguiente. Yo adquiero mis boletos y cuando anoto los resultados, algo dentro de mi cerebro parece decirme las cifras que debo poner. Hago caso al instinto y acierto.

—Eso es suerte, señor Sumba.

—¿Llama usted suerte a acertar siempre, sin equivocarme

nunca? — preguntó el hombre anhelante.

—¿No se equivoca nunca?

—No.

—Bueno —replicó Tali Gwla, perpleja — , a eso puede llamársele de muchas maneras, pero no creo que sea un delito. Sin embargo, vayamos por puntos. Usted adivina sólo el resultado de las apuestas, juega y gana, ¿no es así? ¿O adivina otras cosas?

—Si me concentro, puedo adivinar otras cosas —contestó el hombre.

—Por ejemplo...

—Por ejemplo, yo sabía cómo era usted antes de entrar en este despacho.

—¿Sabía cómo era yo?

—Sí. Me pregunté cómo sería la persona que iba a interrogarme en este Centro Médico, y, sin haberla visto a usted antes, la vi en mi mente como la estoy viendo ahora.

—¡Sorprendente, señor Sumba! Es el caso más interesante que me he encontrado jamás. Hagamos una prueba. Ahora tocaré yo un timbre y se presentará aquí mi ayudante, la señorita Grinell. Supongo que no la ha visto usted anteriormente. ¿Puede decirme cómo es?

—Sí, naturalmente que puedo, Permítame concentrarme un momento.

Kristi Sumba cerró los ojos y se llevó la mano derecha a la frente, bajando ligeramente la cabeza, en actitud de profunda meditación. Ante él, la doctora Tali le observaba con detenimiento, sin hablar.

—Lleva una bata azul, muy corta... Es rubia y tiene el cabello recogido sobre la nuca. Alta, como de un metro setenta... Ojos claros, entre verdes y azul... Sonríe y muestra un diente de oro.

A medida que el visitante hablaba, Tali Gwla alteraba sus facciones, tornándose seria, casi alarmada.

—No siga, por favor. Laura es así.

—¿Lo he adivinado?

—Eso no es adivinación... ¡La ha visto usted! —respondió Tali, abriendo un cajón de su mesa y sacando un bloc — . Voy a efectuar otra prueba. Para que no sea un caso de telepatía, me adivinará usted los números que alguien, que no está aquí presente, vendrá y

escribirá sobre este bloc. Usted no sabe quién es ese hombre, como tampoco sabe qué apuesta ganará mañana en las carreras de caballos. Pero ha de adivinarme los números que ese hombre escribirá cuando yo se lo pida.

—Sí, la entiendo... Esa prueba ya la he hecho anteriormente en el club. Permítame —Kristi Sumba tomó el bloc y la estilográfica electrónica de la doctora, y, tras concentrarse brevemente, anotó los números nueve, seis y tres, seguido de dos ceros.

Luego entregó el bloc y la pluma a Tali, quien pulsó un timbre de su mesa. Casi inmediatamente apareció un asistente médico.

—Wally, por favor. Es una prueba —dijo la doctora — . Deseo que escriba usted un número sobre esa hoja de «látex».

—Sí, ¿cómo no? —respondió el asistente, sonriendo — , ¿De cuántas cifras?

—De las que usted quiera, Wally.

El hombre tomó la pluma, pareció vacilar, y luego escribió rápidamente cinco cifras.

Cuando Tali Gwla las examinó vio que eran el nueve, el seis, el tres y dos ceros.

CAPÍTULO 2

SPION» estaba ya trabajando en los casos de la doctora Janet Norman y del adivinador de Kansas City, Kristi Sumba.

Creyendo actuar bajo la impresión recibida, al ver a Janet Norman en la pantalla panorámica, Bend Barrow asoció infinidad de ideas; recordó la estimación del profesor Yeu Chow, catedrático de Química en la Universidad de Sídney, donde él había cursado sus estudios, y las repetidas invitaciones del notable hombre de ciencia para que fuese a visitarle a su nuevo trabajo, en el laboratorio de química de la Base Darling.

Bend tenía ahora dos días seguidos de fiesta en su trabajo de la Instalación «Cromer», y una oportunidad excelente para tomar su coche y presentarse en Burke en menos de cuatro horas.

Tal y como lo pensó, lo hizo. Fue a su mesa de trabajo, donde estaba el fonovisor y pidió una comunicación con Yeu Chow, que le fue concedida a los pocos minutos.

Al iluminarse la pantalla del fonovisor, apareciendo el secretario del profesor, Bend dijo:

—Perdone, fui alumno del profesor Chow. Quisiera hablar con él.

—¿Cuál es su nombre, por favor?

—Bend Barrow.

—Aguarde un instante, se lo ruego.

La pantalla quedó en blanco; y segundos después, en otro circuito apareció el semblante arrugado y amarillento del notable catedrático, quien sonrió, exclamando:

—Mi querido Barrow, ¡qué alegría me das! ¿A qué debo el honor de tu llamada?

—Yo también me alegro muchísimo de verle a usted, profesor. Resulta que tengo dos días seguidos de fiesta y pensé en ir a visitarle. Antes, empero, he querido cerciorarme de que no estaba

usted excesivamente ocupado…

—¡Oh, Barrow, me darás una alegría infinita si vienes a casa!… Naturalmente que tengo trabajo. Pero eso no es inconveniente. Serás muy bien recibido. ¿Cuándo llegarás?

—Hoy mismo, profesor.

—Perfectamente. Informaré a Control para que te dejen entrar. Como sabes, estamos aquí completamente aislados, por no sé qué razones de seguridad. Te aguardaré con impaciencia.

Al cerrar la comunicación, Bend sonrió satisfecho. Apreciaba mucho al viejo profesor de química, y se felicitó por haber pensado en ir a visitarle a Burke.

Cuando penetró en su dormitorio y empezó a preparar la maleta, se detuvo bruscamente.

«—Llévate el frasco de «somnígeno». Sabes perfectamente que cuatro de esas píldoras producen la muerte de una persona. Puedes necesitarla en Burke para matar a la doctora Norman. Tú eres químico y sabes perfectamente que la «metraldicina» paraliza el cerebro y se disuelve con la hemoglobina, sin dejar huella.

Instintivamente, Bend tomó del anaquel un pequeño frasco de pastillas color azul claro y, con el estuche de aseo y la afeitadora, regresó al dormitorio, dejándolo todo dentro de la maleta.

Luego cerró ésta y, tomándola, miró en derredor, comprobando que todo quedaba en orden.

Salió… ¡ignorando que iba a cumplir una misión de muerte!

* * *

El viaje desde Sídney hasta Burke, a lo largo de la excelente autopista por control remoto resultó agradable y rápido. Bend sólo tuvo que entrar en la plataforma de salida y aguardar su hora—control. Un agente de tráfico, atento y servicial, le conectó el reloj de tránsito. Bend abonó su cuota e informó de su destino, eligiendo una pista rápida.

Luego el vehículo se puso en marcha solo y ya no tuvo necesidad de ocuparse de nada más. Los controles remotos se cuidaron de guiar por él, manteniendo el vehículo en la distancia exacta que debía llevar de los coches anterior y posterior al suyo.

Obedeciendo el consejo, Bend se sentó ante los mandos y

maniobró para salir de la plataforma de control a distancia. Luego, tomando la pista seis, se dirigió hacia el río y no tardó en encontrarse con la bifurcación que llevaba a la Base Darling.

En la primera barrera, dos inspectores de vigilancia le hicieron detenerse y descender del vehículo.

Bend obedeció, sonriente—.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó un inspector.

—Bend Barrow, ingeniero químico.

—¿Motivo de su visita a la base?

—Vengo a ver al profesor Yeu Chow. Pero ¿a qué viene esto? ¿No consideran un anacronismo controlar a las personas?

—Tal vez lo sea, pero esta vigilancia se realiza desde que se fundó la Base y, aunque los tiempos han cambiado, se siguen las normas establecidas en un principio. ¿Lleva usted armas o cámaras fotográficas?

—No, no soy espía, señores.

Sin embargo, los dos inspectores registraron el coche y abrieron la maleta de Bend, entreteniéndose en examinar su rasuradora.

—Cumplimos órdenes... ¿Qué es esto? —preguntó uno, mostrando el frasco de las píldoras de «metraldicina».

—¡Ah, sí, son mis píldoras para el sueño! Apenas las uso... Y ni siquiera sabía que estaban ahí.

—El frasco no lleva ninguna etiqueta —indicó un inspector.

—Están hechas por mí. Soy químico.

—Muéstreme su cédula de identidad.

Bend comprendió que aquellos hombres estaban cumpliendo con su obligación y accedió a cuanto le exigieron, mostrando su cédula de identidad, abriendo el portaequipajes y hasta el cajón de los alimentos.

Al final, tras llamar por visófono a la oficina de control de la base, se le franqueó el paso. Aún tuvo Bend que detenerse en otros tres controles de inspección, que fueron más someros en su identificación, hasta que llegó al interior de la Base Darling, donde se trabajaba en gérmenes y muestras enviados desde otros planetas, y de ahí que se continuasen observando las reglas de vigilancia, más para seguridad de la población terrestre que por temor a otra cosa.

En el chalet—residencia del profesor Chow, Bend encontró un ajado y conocido rostro. Pertenecía a una mujer que vestía una

especie de bata color malva, cruzada y ajustada, moldeando su diminuto cuerpo.

—¡Señora Chow! —exclamó Bend al descender de su coche — . ¡Cuánto me alegro de volverla a ver! ¿Cómo se encuentra?

—Muy bien, amigo mío. Mi esposo se sentirá muy contento al verle... ¡Está usted muy bien, Bend!

El joven estrechó la mano a la mujer y luego penetró en el chalet.

—¿Y el profesor? —preguntó Bend, dejando su maleta en el suelo y mirando en torno del vacío salón.

—Vendrá enseguida. Ya le he comunicado su llegada. A mí me han avisado del S.C.... Son muy atentos con los visitantes. Pero, siéntese, por favor, Bend. Y cuénteme, ¿cómo le va? Apenas si hemos sabido de usted desde que dejó la Universidad.

—Como se vinieron ustedes aquí... Estoy trabajando para la Instalación «Cromer».

—¡Oh, tengo entendido que es una empresa muy importante! Tanto mi esposo como yo le apreciamos mucho.

Bend. Usted era un alumno muy aprovechado, según decía Yeu. ¡Ah, parece que ahí viene!

La pequeña señora Chow se volvió hacia la puerta. Bend se puso en pie, a tiempo de oír la conocida voz del profesor, que decía a alguien que le acompañaba:

—Pase usted. Tomará una taza de té venusiano con nosotros.

La puerta se abrió y entró... ¡Janet Norman, con el mismo atuendo que la había visto Bend, cuatro horas y media antes, en la pantalla panorámica de su televisor!

—¡Hola, Bend! —exclamó el viejo profesor Yeu Chow, avanzando hacia el joven y tendiéndole ambas manos—, ¿Cuánto tiempo hacía que no nos veíamos?

—Tres años, estimado profesor.

Se estrecharon las manos y se abrazaron, con efusión. Por encima del hombro de Yeu Chow, la mirada de Bend se encontró con los ojos azul oscuro de Janet Norman, la cual desvió la mirada.

—¡Ah, permíteme presentarte a la doctora Norman, Bend! Es un joven talento de nuestra base... Janet, éste es mi alumno predilecto. El ingeniero Bend Barrow. Prefirió la química comercial y ahí le tienes, convertido en uno de los puntales de la Instalación

«Cromer», con un sueldo fabuloso.

—Vamos, no exagere usted, profesor... Mucho gusto en conocerla, señorita Norman. Precisamente, hoy mismo la he visto en T.V.

El bello semblante de la muchacha se tomó rojo.

—¿Ha visto usted qué forma más escandalosa de acorralarme? Precisamente, se lo venía diciendo al profesor Chow... ¡Estoy indignadísima y tengo que formular una reclamación! ¡Ese farsante de Albert Green sólo buscaba su propio lucimiento! Llegó hasta insinuar si había delinquido con mis trabajos. ¡Eso es inadmisible!

—Vamos, señorita Norman —dijo Bend, sonriendo — . No se lo tome usted así. Albert Green sólo se basaba en hipótesis dudosas.

—¡Pues mi visófono he tenido que desconectarlo a causa de la inmensa cantidad de llamadas que he recibido en pocas horas! ¡No puede usted imaginarse el sofoco que he pasado delante de aquellas cámaras malditas!

—Li, por favor —intervino el profesor Yeu Chow—, sírvenos unas tazas de té... Ven, Janet, siéntate... Y tú también, Bend. Cuéntanos cosas de tu vida. No te has casado, ¿verdad?

—No. Todavía tengo que encontrar la mujer de mis sueños... Sin embargo, hoy he creído entreverla —al decir esto, Bend, miraba intensamente a Janet Norman, la cual bajó tímidamente los ojos—. Y no sé si es por ella que he venido a verle a usted.

—¡No irás a decirme que has visto a Janet en la pantalla y te ha gustado! —exclamó Yeu Chow, divertido.

—No me atrevería a decir tanto, profesor. Pero sí confieso que no he conocido jamás una mujer tan... interesante.

—Es usted un adulador, ingeniero Barrow. El profesor Chow me ha hablado con frecuencia de usted, como el mejor alumno que ha tenido nunca.

—Inmerecidos elogios —respondió Bend, sonriendo — . Estoy enamorado de mi profesión, simplemente.

—Igual que yo. Mi especialidad es la espectrofísica.

—Lo sé. Y es curioso ese descubrimiento que usted ha hecho. ¿Puede hablarme de ello?

—¡No, ahora no! —gritó, en broma, Yeu Chow—. No son horas de trabajo. Si acaso, luego podemos ir a los laboratorios. Te enseñaré materiales que ni siquiera has soñado conocer, Bend.

Como es secreto, seguramente no debes saber que aquí trabajamos en el análisis de elementos raros descubiertos en otros planetas, y cuyas muestras nos traen para su clasificación y estudio. ¿Te gustaría ver un mineral «viviente»? ¡Ah, veo que te sorprende! Aquí no ganamos tantos dólares como en la «Cromer», pero nuestro trabajo es más apasionante...

* * *

Para entrar en el laboratorio del profesor Yeu Chow era preciso cambiarse antes de ropa en una especie de cámara y fumigación, sufriendo un baño esterilizante —¡y otro a la salida! — , y haberse puesto una ropa especial, antigérmenes. Una vez cumplidos estos requisitos, salió Bend a la sala de paredes metálicas y convenientemente ventilada, donde le esperaba Janet Norman, vestida con una bata de tela análoga a la que vestía Bend.

—¿Y el profesor? —preguntó él.

—Aún no ha salido de la autoclave. Hay que disculparle por no tener nuestra edad.

—Usted parece muy joven, Janet.

—Lo soy. Sólo tengo veintitrés años. Pero estudio física desde la infancia. Mi padre es físico también.

En aquel momento se abrió la puerta de la autoclave, apareciendo Yeu Chow con ropas idénticas a las de Bend.

—Siento haberos hecho esperar... Soy lento ya. Venid conmigo. El laboratorio está en la sección cuarta.

—¡Están bien instalados aquí, según veo!

—El gobierno es pródigo con nosotros. Esta nave ha sido construida recientemente y yo soy el jefe de bioquímica, más descansado. Pero nuestra tarea, apuesto doble contra sencillo, a que es más interesante que la tuya. No se lo digas a nadie, porque es secreto oficial, pero aquí analizamos una serie de sustancias raras, tierras nuevas, elementos desconocidos... ¡Aquí es!

Al decir esto, Yeu Chow se había detenido ante un muro, en donde no parecía existir puerta alguna. Pero algún contacto electrónico accionó la maquinaria oculta y el panel se descorrió silenciosamente, dejándoles paso hacia el interior de un amplio y bien iluminado laboratorio, donde trabajaban seis hombres y donde

Bend pudo ver infinidad de máquinas electrónicas de análisis, desde un moderno microscopio electrónico, capaz de ampliar mil millones de veces, hasta la más rara combinación de probetas y retortas de acero transparente.

—¡Esto es formidable! —exclamó Bend, maravillado.

Se acercaron a donde un hombre de cierta edad, con gafas, estaba examinando un tubo de cristal, sobre una llama Bunsen.

—El profesor Angus Gwla, procedente de la Universidad de Kansas City —presentó Chow.

El hombre se volvió y estrechó la mano de Bend, diciendo:

—Mucho gusto.

—Este es Bend Barrow, ingeniero químico industrial. Trabaja para la Instalación «Cromer», de Sídney.

—Encantado, señor. ¿Qué es eso?

—Algo que aún hemos de clasificar —contestó Angus Gwla — . Un elemento nuevo, hallado en Titán. Creo que debemos llamarlo «chowdio».

—¡No, por Dios! —exclamó el profesor Yeu Chow—, Eres tú quien lo ha descubierto. Se llamará «gwladio».

—Y ¿por qué no le ponen el nombre de su hija, profesor Gwla?

—¿De Tali? ¡Oh, no puede ser! Se llamaría «talio» y ese nombre ya existe — replicó Gwla, sonriendo.

—La hija del profesor Gwla es una eminencia en medicina —aclaró Janet—. Si alguna vez tiene usted que ir a algún Centro Médico, vaya a Kansas City.

—Se equivoca usted, Janet. Mi hija ha sido destinada aquí, a Burke. Vendrá dentro de unos días. Al fin, han accedido a trasladarle —dijo el profesor Gwla, satisfecho—. Ahora vivirá conmigo, en la Base.

Bend Barrow ignoraba entonces que Tali Gwla iba a ser una persona decisiva en su vida. Y apenas si prestó atención a la charla.

CAPÍTULO 3

TALI Gwla quedó sorprendida al serle comunicado su traslado inmediato. Ella lo había solicitado un año antes, cuando su padre fue enviado a Burke (Australia). Pero nunca creyó que pudiera venirle aprobado.

El director del Centro Médico había sido informado de la singular peculiaridad de Kristi Sumba, el hombre que «veía» el futuro. Se celebró un consejo médico y Sumba quedó recluido en el centro destinándosele una sala de reconocimiento especial.

Tali era la doctora encargada del caso más apasionante de cuantos podían darse dentro de su especialidad. Ella fue quien atendió a Sumba y quien había abierto el expediente, iniciando las anotaciones oportunas.

Y, de pronto, sin causa aparente, porque muy rara vez se concedían las solicitudes de traslado, Tali fue requerida para entregar el «caso Kristi Sumba» a la dirección del Centro Médico, porque le habían concedido el traslado a Burke.

Inmediatamente, Tali fue a ver al director del centro, doctor Anthony Schoepen, quien la recibió con amabilidad, aunque un tanto fríamente.

Tali le mostró la comunicación oficial de la Comisión Médica de la «F.I.».

—Desde luego, yo solicité el traslado, para estar con mi padre. Pero, compréndalo usted, doctor Schoepen... ¡No quisiera irme ahora, sin haber solucionado el caso de Kristi Sumba!

—Lo lamento mucho, doctora Gwla —respondió el director—, Su sustituto ya ha sido nombrado. Se trata del profesor Arthur Busk, adjunto a la Comisión Médica. No puedo hacer nada.

—¡Pero yo descubrí al señor Sumba! ¡Tengo derecho a continuar con él!

Anthony Schoepen se encogió de hombros.

—Lo comprendo. Incluso a mí me hubiese gustado poder estudiar a ese hombre. Admito que es algo sensacional y fuera de serie. Y no me extrañaría que, por ese simple motivo, hayan querido trasladarla a usted.

—¿Y si me niego? —insistió Tali Gwla, excitada.

—No se lo aconsejo, señorita Gwla. Hágame caso y márchese. Su relevo llegará hoy mismo... Y sabe cómo es la Ley.

—Sí, comprendo —admitió Tali, confusa y enojada — .

Perdóneme... Le aseguro que no pretendía conseguir lucimiento personal. Con Kristi Sumba es más fácil fracasar que tener éxito... ¡Y deseo mucha suerte a mi sustituto!

Tali salió del despacho de Anthony Schoepen contrariada. El hecho de ir a reunirse con su padre, profesor de química en la Base Darling, a quien amaba entrañablemente, no contribuía a disipar su enojo y contrariedad.

Pero ya no tenía remedio. Había seres importantes por encima de ella, en el escalafón médico, y era preciso acatar las órdenes.

Así pensando, Tali tomó un ascensor para subir a la clínica, en una de cuyas salitas especiales se encontraba recluido Kristi Sumba, rodeado de toda clase de comodidades.

El singular paciente no se encontraba recluido, precisamente. Pero tampoco podía marcharse. Su caso estaba en estudio. Aún se ignoraba que clase de «dolencia» era la suya, ni si estaba fuera o dentro de la Ley. Deberían de pasar meses, tal vez años, antes de poder diagnosticar acertadamente.

Entró en la habitación del hindú y cerró a su espalda. Vio al pequeño Kristi Sumba sentado en una butaca, contemplando el televisor panorámico, con expresión de interés.

—Buenos días, señor Sumba.

El hombre volvió el rostro y sonrió, levantándose.

—Hola, señorita Gwla. La he llamado, pero me han dicho que estaba usted con el director.

—Sí, señor Sumba. Me marcho de Kansas City.

—¿Se marcha usted? ¿Por qué?

—Hace tiempo pedí el traslado a Burke, Australia, con mi padre. No creí que me lo concedieran, pero lo han hecho. Otro doctor ocupará mi puesto.

—¡Yo no quiero que se vaya usted! —exclamó el extraño individuo.

—Lo siento. No se puede hacer nada —dijo la joven, apenada —. Yo he querido quedarme, para estudiarle a usted. Me interesa mucho su caso. Me proponía averiguar el origen de sus «visiones» por medio de un encefaloscopio ultrasensible. Presiento lo que le ocurre a usted.

—¿Lo presiente?

—Sí, pero no sé cómo explicarlo correctamente. Se trata de un

alto poder de concentración mental que le sitúa en un plano superior de tiempo. Sus ondas mentales se prolongan en el futuro.

—Sí, yo «veo» —perfectamente el futuro —asintió Kristi Sumba, apenado — , Y sé que un hombre intentará envenenarla muy pronto. Se llama Bend Barrow y está en Burke.

—¿Qué dice usted, señor Sumba?

—Yo escaparé de aquí. Iré a defenderla… Me defenderé… Hay una terrible confabulación… ¡Y «Spion» está por medio!

—¿«Spion»?

—Sí. Ese Bend Barrow es un ejecutor de «Spion» aunque él no lo sepa —Kristi Sumba hablaba mirando al vacío y parecía transfigurado, como si se encontrase en trance de adivinación —. ¡Yo tampoco sé qué me ocurre! ¡Veo muchas personas extrañas! ¡Un hombre me interroga pero yo le ataco y le golpeo! ¡Luego escapo!

Kirsti Sumba agarró una estilizada figura de acero bruñido y alzó con violencia, emitiendo un rugido, al mismo tiempo que avanzaba hacia Tali Gwla,

Ella gritó, retrocediendo.

Pero el extraño sujeto no llegó a golpearla, deteniéndose en seco, con la figura de acero en el aire, para luego desplomarse súbitamente.

* * *

Tali Gwla tomó una aeronave ultrarrápida, aquella misma tarde, para trasladarse a Burke. Por visófono, encargó a una agencia de mudanzas que embalasen sus objetos y pertenencias y se los mandasen a su destino.

Dejó la llave de su apartamiento en el servicio de portería, y en un automóvil de alquiler, se trasladó al aeropuerto. Diez minutos después se encontraba en el aire, volando a diez mil kilómetros por hora, sobre un inmenso mar de nubes.

Había tomado una cabina aislada, porque no deseaba ver a nadie. No hacía más que preguntarse qué significado tenía la visión que Kristi Sumba había tenido cuando fue a despedirse de él.

Le había dicho que un hombre llamado Bend Barrow intentaría envenenarla.

Ella no conocía a nadie llamado así. Pero, luego, la visión de

Sumba se había confundido. ¿Qué había querido decir al referirse a una confabulación terrible, en la que estaba «Spion» por medio?

Tali se devanaba la mente sin encontrar ninguna explicación lógica en todo cuanto le había sucedido. Kristi Sumba era un caso extraordinario. Y, posiblemente, la Comisión Médica estimó conveniente enviar a uno de sus colaboradores por no confiar excesivamente en ella.

Antes de salir del Centro Médico, Tali había informado del incidente al director, quien no dio excesiva importancia a sus palabras, comentando:

« — Probablemente, Kristi Sumba también ve visiones extrañas.

« — ¡Estimo que intentará atacar al profesor Busk, señor director! —había insistido ella.

» — No se preocupe. Márchese tranquila. Nosotros nos ocuparemos de todo.

Agotada por las emociones de los últimos días, Tali terminó por quedarse dormida en el reclinable, y se despertó cuando una voz, surgiendo de una rejilla sonora, junto a la puerta, le dijo:

—Estamos llegando a Sídney, señorita Gwla. No puede entretenerse, porque su avión de Burke está a punto de partir.

—Sí, sí... Gracias. Estoy lista.

Se levantó rápidamente, tomó su maletín de viaje y salió al pasillo, para encaminarse a la sección de salida de la aeronave, orientándose hacia la salida del avión de Burke, dándose cuenta que partía dentro de cinco minutos. Se apresuró, junto con seis viajeros más, y al poco montaba en otro aparato, de menor tamaño, ocupando su asiento junto a la ventanilla.

Tali se sentía contenta porque pronto iba a ver a su padre.

Pero, de haber sabido lo que la aguardaba al final de su viaje, no se habría sentido tan satisfecha.

* * *

—Esta es la pantalla de óxido de cadmio, señor Barrow — dijo Janet, mostrando a Bend un complicado aparato electrónico, donde infinidad de circuitos fluctuaban constantemente, y en cuyos relojes de control surgían ondas intermitentes de distintas frecuencias—. Estos son los dispositivos de frecuencia.

—¿Está funcionando? —preguntó Bend.

—Sí, a potencia reducidísima. Piense que se necesitan varias semanas para ponerla en funcionamiento.

—¿Pero ¿emite rayos «da—na»?

—No, en este momento, no. Es imposible causar interferencias... ¡No se sitúe ahí, por favor! Ahí está el tubo «Karpens», de expulsión de ondas. Se transmite en línea recta, y, como ve, puede ser dirigido. Sus efectos son peores, que los que ocasionaría una pistola vibratoria. Puede anular, momentáneamente, sus pensamientos y dejar su cerebro totalmente vacío.

—¡Esto es peligroso!

—Mucho. Pero los rayos que emite están siendo recogidos por aquella pantalla catalizadora que ve allí, justamente en frente. He pedido a la sección de técnica que coloquen aquí una barrera metálica para evitar accidentes.

—¡Esto es sumamente interesante, Janet! —habló Bend — , Y creo que debería usted tomar precauciones.

—Las tomo. No se preocupe —la joven doctora se volvió a Bend y sonrió, añadiendo — : Como ve, esto también es interesante. Aunque usted le interesará más la química.

—Es lógico..

Se encontraban completamente solos en el amplio laboratorio de física. El profesor titular estaba enfermo desde hacía varias semanas y Janet hacía de jefe adjunto. El personal auxiliar estaba descansando, y por eso en aquel momento no había nadie.

—Estos son los diagramas de frecuencia oscilante de los rayos «da—na» —continuó diciendo Janet, señalando un gran tablero, en forma de pizarra electrónica, donde existían unas escalas numeradas en sentido diagonal — . Los números rojos son frecuencias de interferencia, que corresponden a las milésimas anotadas en los números negros. El cálculo es sencillo, visto así esquematizado. Pero hemos necesitado emplear un modernísimo calculador electrónico.

—¿Y qué frecuencias han encontrado?

—Eso es lo que nos aterra —confesó la joven — . Parece ser que, excitando la frecuencia oscilante de los rayos «da—na», es posible anular todas las comunicaciones del sistema solar.

—¿Todas?

—Todas. Incluso las de naves siderales que se encuentran a considerables distancias de nuestro sistema. Naturalmente, y como comprenderá, no lo hemos puesto en práctica. La Comisión Científica tiene en su poder un informe referente a este descubrimiento y ella decidirá sobre su aplicación. Estoy esperando, una visita de inspección uno de estos días, para celebrar una reunión y acordar si debemos continuar investigando o suspender los trabajos.

—A eso quería referirme. Me extrañó saber que la T.V. divulgaba unas teorías que aún no están comprobadas. ¿Es cierto que los rayos «da—na» pueden anular una emisión de radio?

—Cierto. Pueden neutralizarla, mientras que una emisora combinada con nosotros, podría seguir emitiendo lo que se nos antojase.

—¿Quiere que le diga algo, Janet? —preguntó Bend, muy serio.

—¿Qué?

—Yo que usted dejaría de trabajar en esto. La ciencia pura debe tener el suficiente juicio, para saber hasta dónde es posible llegar. Recuerde lo ocurrido cuando los científicos del siglo XX descubrieron el átomo. Se vivieron años de angustia vital insoportable, que desembocaron a guerras espantosas. Y no sé por qué le digo esto. Tal vez sea porque nunca he conocido una mujer como usted. Al verla hoy en la pantalla de T.V., sentí algo más fuerte que una simple atracción. Por favor Janet; no me crea un atrevido inconsciente. Lamentada profundamente que pudiera ocurrirle algo.

Ella le estaba mirando con expresión de simpatía. Repuso:

—No tema, Bend. Le agradezco su estimación y aprecio. Vive una tan absorta en su trabajo que ni siquiera se da cuenta de que es mujer.

—¡Una mujer muy bonita, Janet!

Ella se sonrojó y abatió la mirada.

—Gracias, Ben... Será mejor que vayamos a ver al Profesor Chow. Nos estará esperando. Otro día le mostraré más cosas del laboratorio.

Diciendo esto, Janet se alejó hacia la salida. El fue detrás y la retuvo del brazo, suavemente.

—Escuche, Janet. Hace tiempo que busco una mujer que reúna

sus cualidades. Deseo contraer matrimonioˆ...

—¿Y ha pensado usted en mí, Bend? —preguntó Janet, casi sin voz.

—Sí. Con sólo verla tuve suficiente. Por eso vine.

Azorada, Janet retrocedió unos pasos.

—Nadie me había hablado así jamás. Debo estarle agradecida, Bend. Pero no sé qué contestarle. Ha sido tan súbito, sin tratarle...

—Deseo que me trate, que nos conozcamos mejor. Tengo una posición estable y una excelente cuenta corriente. Usted no tendrá necesidad de arriesgarse en estos peligrosos trabajos.

—¿Quiere decir que habré de renunciar a mi labor?

—¿No es lo propio? Una ama de casa no puede ser doctora de física.

—¿Y por qué no? Abandonar mi trabajo sería un rudo golpe para mí... No, Bend. Estoy dispuesta a considerar su ofrecimiento, pese a la sorpresa que me ha producido. Pero nunca renunciaré a mi trabajo... ¡Creo que es una pasión hereditaria!

El semblante de Bend Barrow se nubló. Y, sin que él mismo se diera cuenta, en su subconsciente, la voz metálica de «Spion», moduló una orden:

«—Tienes que matarla, Bend Barrow... ¡Esa mujer ha de morir! ¡No debe proseguir sus experimentos!»

* * *

De vuelta al chalet de Yeu Chow, sin Janet Norman, que se quedó en su propia vivienda, para cambiarse y arreglarse para la cena, Bend Barrow charló extensamente con el profesor.

—Apenas si he tenido tiempo de ver sus trabajos, profesor —se disculpó Bend — , Confieso que me interesó muchísimo la doctora Norman.

—¿Te interesa la física, Bend? —sonrió Yeu Chow.

—No. Me interesa la doctora Norman.

—No hace falta que me lo jures. Me he dado perfecta cuenta. Y hasta lo he comentado con Angus. Yo quiero a Janet como si fuese hija mía. Sus padres están en Inglaterra y apenas se ven. Son también científicos y están muy absortos en sus trabajos.

—He hablado con Janet —le interrumpió Bend, sin prestar

mucha atención a lo que estaba diciendo el viejo profesor—, y le he pedido que se case conmigo… ¡La quiero, profesor!

—Sopla, eso sí que es rápido. Se ve que vives en tu época, Bend. ¿Y qué te ha dicho ella?

—Me ha dicho que no dejará su tarea.

—Bueno, eso no significa un no… ¿O te ha dicho algo más?

—Yo presiento que su trabajo es peligroso, profesor, y que debería renunciar a él.

—Pero eso es absurdo, Bend. Janet lleva en la sangre su profesión, la cual no es, ni mucho menos, incompatible con el matrimonio. Hay muchas mujeres casadas en esta base.

El zumbido del timbre de la puerta interrumpió a Yeu Chow, quien se levantó para abrir.

Y en la puerta aparecieron el profesor Angus Gwla y su hija Taii.

Bend se levantó para saludar a los recién llegados. Y, al tomar la mano de Tali Gwla, sintió una sensación extraña recorrer su médula espinal.

La joven que tenía delante era sumamente bella. De estilo completamente distinto al de Janet, emanaba de su persona cierta noble distinción, soltura y carácter. Ben intuyó que Tali Gwla podía significar mucho en su vida.

—Encantada de conocerle, ingeniero Barrow —musitó Tali Gwla, palideciendo y retrocediendo al oír el nombre.

CAPÍTULO 4

EN el tórrido, inhóspito y poco visitado planeta Mercurio, en una región elevada, de sólidas rocas de hierro, se había instalado años atrás una estación sideral de comunicaciones.

Allí no habitaba nadie. Y para cualquier navegante del espacio que se aventurase en regiones tan próximas al Sol, y por añadidura tan peligrosas, la enorme antena de «araña» que se extendía en torno a la estación, era simplemente como un faro de señales.

Sólo dos personas, en todo el universo, sabían lo que era aquello en realidad. Y la verdad, aparte de fantástica, parecía increíble: ¡allí estaba el selector multidimensional, dirigido por ondas «neúricas», que controlaba a todos los habitantes de la «F.I.»!

En Mercurio, Monte de Hierro, estaba el «Neuriscopio».

Existía otra estación sideral, instalada en un «planetoide» artificial —satélite del Sol, y en órbita en torno a él—, en donde se controlaba a distancia y por medio de máquinas automáticas, todo cuanto estuviese relacionado con los habitantes de los veintitrés mundos.

Y dos personas únicamente poseían el secreto del «Neuriscopio».

Eran el matrimonio Busk, de cuarenta y tres y treinta y seis años respectivamente.

Años atrás, Arthur Busk y su esposa Dania, habían sido elegidos para tan importante tarea, al retirarse la pareja anterior, los cuales no tuvieron jamás el menor tropiezo en su trabajo.

Sin embargo, Dania y Arthur se enfrentaban con un grave problema que no sabían cómo resolver. Por esta razón, él, consiguiendo permiso especial, había abandonado el «planetoide» para trasladarse a Kansas City, en donde se encontraba la causa de sus inquietudes.

La anómala situación la había descubierto Dania Busk, dos años antes, al repasar los cilindros de circuitos. Había presionado un

botón y con vertiginosa rapidez, millones de cifras pasaron ante sus ojos, que miraban una pantalla del multidimensor.

No esperaba encontrar fallo alguno. Todo había funcionado siempre perfectamente. Jamás se encendió el destello azul ni zumbó el timbre de aviso. Pero aquella vez ocurrió, deteniéndose el cilindro en una cifra exorbitante.

Dania, antes de llamar a su esposo, que se encontraba descansando en la salita, hizo retroceder el circuito y empezó de nuevo. Por segunda vez se encendió la luz azul.

Entonces, la mujer presionó un pulsador de intercomunicaciones y dijo:

—Arthur, por favor. Ven un momento. Algo anormal ocurre. Hay un individuo fuera de control.

—¡Eso es imposible, Dania!

—Me he cerciorado perfectamente.

—¿Quién es?

—Un enfermo mental del Manicomio de Calcuta, llamado Kristi Sumba. Su control no funciona. Puedes examinarlo.

—Eso es imposible. Incluso los dementes piensan, aunque sean imbecilidades. Déjame, por favor.

Arthur Busk repasó los cilindros de circuitos, hizo retroceder la palanca de funcionamiento, efectuó unas comprobaciones preliminares y luego la puso a funcionar normalmente. Al llegar al punto donde se había producido el fallo, la luz azul se encendió de nuevo.

—|Esto es increíble! —exclamó Arthur Busk, que era un hombre de expresión inteligente, casi de dos metros de altura, bien constituido y vestido con un buzo térmico de piloto espacial — , ¡Inaudito! ¡Tenemos a un hombre incontrolado! ¿Qué podemos hacer?

—De momento, establecer contacto indirecto con ese individuo. Hay que saber quién es, de dónde ha venido, lo que hace. Su referencia sólo indica el nombre y su último cambio de situación.

Con ayuda de su esposa, Arthur Busk estuvo manipulando quince minutos en los mandos, hasta conseguir dos tarjetas de «látex», donde estaba escrito el historial de Kristi Sumba. Arthur lo leyó rápidamente y luego hizo un resumen a su mujer, diciendo:

—Desde luego, se trata de un individuo raro. Es hijo de un

americano y una hindú. Tiene treinta y dos años. Estudió en Calcuta y luego ingresó en una agencia de viajes, como subayudante. Más tarde, se embarcó en un buque mercante y estuvo navegando por todos los mares del mundo.

«Estuvo en el «Abhawala III» y en el «Orient». Luego marchó a Urano, donde vivió dos años en la Colonia Griik. Fue ayudante de agricultura. Aquel clima le perjudicó y fue emigrado. La nave en la que viajaba atravesó una densa tempestad cósmica, que afectó casi a todo el pasaje.

»El más grave ha resultado ser, no obstante, Kristi Sumba, que fue internado en el Centro Médico de Calcuta y posteriormente enviado al Manicomio de esa misma ciudad, como incurable.

—¿Incurable? —preguntó Dania Busk, incrédula.

—Sí. Y ésa debe de ser la razón de su descontrol. ¿Qué podemos hacer?

—¡Nadie puede estar incontrolado! ¡Todos los seres humanos, al nacer, son clasificados por las computadoras y sus movimientos y desplazamientos están observados por el «Neuriscopio»... ¡Es imposible el error, Arthur!

—Las pruebas son evidentes, Dania. Entre quince mil millones de seres, hay uno que ha escapado al control.

—¿Cómo si... estuviese muerto?

Arthur Busk miró fijamente a su esposa y compañera.

—¡Como si no existiera! —añadió.

* * *

Kristi Sumba había sido la pesadilla de Arthur y Dania Busk durante dos años. Primero intentaron controlarle indirectamente, a través de las mentes de sus enfermeros y guardianes, lo que representaba un trabajo ímprobo y constante, por medios de telecontrol indirecto. Pero esto ofrecía una dificultad grande, dado que los enfermeros y guardianes del Manicomio de Calcuta no podían saber lo que estaba pensando Kristi Sumba.

Sabían, eso sí, todo lo que hacía, desde la mañana a la noche. A la hora que se levantaba, los pasos que daba, tanto en su celda como en el jardín, sus gestos y movimientos... ?ero ignoraban los pensamientos de su mente desconcertante.

—un aciago día, Kristi Sumba desapareció. No hubo forma de averiguar cómo ni por dónde se había escapado.

Así, pues, Kristi Sumba era el único ser al que «Spion» no podía controlar, ni siquiera averiguar dónde se encontraba.

—eso era natural, dado que el loco evadido se comportaba ron normalidad, entre sus semejantes. Nadie podía pensar mal de él, ni acusarle de excentricidad.

Así, al escapar del manicomio, saltando un muro, fue a un almacén de provisiones. Su «instinto» le llevó a una puerta posterior, que estaba abierta. Entró y se apoderó de lo que necesitaba, y, casualmente, los envases no estaban contados.

Luego, pensando en la necesidad de irse lejos, pensó en un avión... Y se «enteró» que alguien había solicitado un pasaje para América y no podía utilizarlo. Kristi «adivinó» el nombre de aquella persona y ocupó su puesto.

Una vez en América, Kristi fue de un lugar a otro, comiendo de lo que encontraba y durmiendo donde podía, sin saber que estaba siendo un problema mayúsculo para los dos funcionarios de «Spion».

Un día, Kristi Sumba encontró dinero perdido. Se lo guardó. No era mucho, pero le permitió comprar alimentos, en lugar de verse obligado a robarlos. Y cuando le quedaban pocos dólares, Kristi apostó a las carreras, ganando. Entonces empezó a darse cuenta de que era capaz de adivinar el futuro.

Probó varias veces y nunca se equivocaba. En él se empezó a formar una conciencia nueva, como si la libertad le hubiese devuelto la razón. Y hasta llegó a preguntarse quién era y de dónde venía.

No encontró respuesta a su pasado, pero sí la encontró en su futuro. Adquirió un apartamento en Kansas City, se compró un automóvil y empezó a frecuentar la compañía de sus semejantes, asistiendo a un club social próximo a su domicilio.

Allí pronto se hizo conocido. Era capaz de adivinar el resultado de cualquier competición. Y él anticipó el resultado del partido de «base—ball» entre los «Morbids» y los «Nemos» nigerianos.

Alguien habló seriamente con él, aconsejándole visitar el Centro Médico. Lo que hacía Kristi podía ser delito. Y por este motivo, el visionario, después de meditar profundamente, sin conseguir

averiguar quién era ni la razón de su insólita cualidad, decidió ir a ver a Tali Gwla.

Fue la primera vez que actuó sin meditar en lo que iba a ocurrir. ¡No quería saber cuál sería su suerte! Necesitaba legalizar su situación.

* * *

«Spion» localizó a Kristi Sumba, gracias al informe de la doctora Tali Gwla. Inmediatamente, Arthur Busk decidió ir a la Tierra y encargarse personalmente de Kristi, dejando sola a su esposa, en la estación sideral.

—Tenemos al hombre localizado, Dania. Parece ser que su locura ha evolucionado a una forma extraña de visión. La Comisión Central de la «F.l.» debe estar enterada de todo. Solicitaré permiso para sustituir a la doctora Gwla. No me lo pueden negar, dada la importancia del caso.

—Sí, te comprendo, Arthur. Aunque nosotros dos no estemos sometidos a ningún control, debemos actuar como si lo estuviésemos.

—Exactamente, Dania. La humanidad no ha marchado nunca como ahora. Si se empezaran a dar casos como el de Kristi Sumba, no sé qué ocurriría. Hemos de averiguar el origen de su enfermedad, sanarle o…

—¿O qué? —preguntó Dania Busk, conteniendo el aliento.

—¡O eliminarle! —exclamó Busk, sombrío.

Arthur Busk y su esposa no podían salir del «planetoide» en donde estaban encerrados, a menos de pedir comunicación con la sede de la Comisión Central del «F.I.», donde el delegado de «Spion» les atendía afablemente, a través de un fonovisor.

En esta ocasión el delegado puso inmediatamente a disposición de Arthur una astronave, para ir a recogerle y llevarle a «cierto lugar» del espacio, en donde se encontraba orbitando la sede de la Comisión Central.

Un oficial de navegación espacial, adjunto al gobierno, se presentó en el planetoide, saludó al matrimonio, especialmente a la señora Busk, y luego se llevó a Arthur.

Al día siguiente, en otra nave espacial. Arthur Busk, con

credenciales especiales otorgadas por la Comisión Médica, viajaba hacia la Tierra, con plenos poderes, para ocuparse de Kristi Sumba.

* * *

Arthur Busk no era, ni podía serlo, un hombre malo. Se consideraba justo. El tenía la responsabilidad de «Spion» y su deber estaba por encima de todo.

No pretendía castigar a Kristi Sumba, porque no le consideraba culpable de lo que pasaba en su mente. Como ingeniero y psicólogo, el caso era interesante, le apasionaba, y se llegó a decir que, posiblemente, también le interesaría a la doctora Tali Gwla.

Allí no había elección posible. En su conversación con el delegado de «Spion» en la Comisión Central, la cuestión había quedado soslayada perfectamente.

—Admito que la señorita Gwla debería encargarse del caso, ya que ese individuo se ha presentado ante ella, que es miembro de un Centro Médico oficial —había dicho el delegado a Arthur—. Pero usted posee más razones que ella, aunque esto no sea posible comunicárselo a la doctora Gwla.

—Comprendo —asintió Busk.

—Por lo tanto, y dado el caso de que la doctora Gwla tenía solicitado el traslado a Burke, para vivir con su padre, se nos ofrece una solución excelente.

—Me parece una excelente solución. De este modo no se lesionan los intereses de la señorita Gwla.

—Perfectamente. Pues ya puede usted marchar para allá. El doctor Anthony Schoepen le está esperando. Y, naturalmente, todos ignoran quién es usted en realidad.

Arthur Busk se despidió de su colaborador y tomó la astronave, para dirigirse a la Tierra, donde llegó diez horas después.

Aterrizó en el espaciopuerto de Kansas City, entonces una populosa megápoli de sesenta millones de habitantes, y, en un automóvil particular, se trasladó al centro médico, donde fue introducido por un asistente en el despacho de Anthony Schoepen.

—¡Estimado colega! —saludó ampulosamente el director del Centro, estrechando la mano de su visitante — . Es un gran honor para mí tener un colaborador de sus altos méritos. No tengo nada

en contra de la señorita Gwla, créame. Pero contar con la ayuda de un comisionado adjunto es algo sumamente distinto.

—He venido única y exclusivamente para ocuparme del caso Kristi Sumba.

—Lo comprendo bien. Y no me extraña que el informe de la señorita Gwla haya despertado en la Comisión Médica tanto interés… Yo mismo estoy asombrado de las facultades visionarias de ese hombrecillo. Es un caso completamente extraordinario.

—¿Podemos ir a verle, doctor Schoepen? —preguntó Busk.

—¡Naturalmente! Me hago cargo de su impaciencia. Venga usted conmigo, por favor.

Busk salió del despacho en pos del director. Penetraron en un ascensor magnético y subieron hasta el piso en donde estaba encerrado Kristi Sumba, a quien encontraron paseando nerviosamente por la sala.

Al ver a sus visitantes, Kristi se detuvo y abrió mucho los ojos.

—¿Cómo se encuentra usted, señor Sumba? —preguntó Schoepen, amablemente.

—Le estaba esperando, señor Busk —habló Kristi—, Sabía que iba a llegar usted de un momento a otro.

—¿Incluso sabe usted mi nombre? —preguntó Arthur Busk, sorprendido.

—Sí. Se asombraría usted de las cosas que soy capaz de saber —respondió el anormal—. No le agradaría, empero, que las dijese delante del director, ¿verdad?

Arthur se volvió a Schoepen y le rogó:

—¿Puede usted dejamos solos, por favor?

—Yo pensé que podría necesitarme.

—No. Este hombre y yo tenemos muchas cosas de qué hablar… En privado.

—Como usted quiera. Si me necesita, no tiene más que llamarme.

—Gracias.

Anthony Schoepen salió y la puerta se cerró electrónicamente detrás de él, dejando a Kristi Sumba frente a Arthur Busk.

—Siéntese, señor Sumba —rogó éste último.

Caso de poder llamarle de aquel modo, el enfermo mental, obedeció. Arthur Busk tomó otro asiento, frente a él. A la derecha

de Sumba, sobre la mesita, estaba la figura de acero.

—Yo puedo decirle a usted muchas cosas que ignora, señor Sumba —empezó diciendo Busk — . Sé quién es y de dónde ha venido.

Un destello de interés apareció en la mirada de Kristi Sumba.

—¿De veras?

—Sí. Fue usted marinero, estuvo en Urano, trabajando en la Colonia Griik y luego regresó a la Tierra, donde fue ingresado en el Sanatorio Psiquiátrico de Calcuta. De allí se escapó.

Kristi sacudió negativamente la cabeza.

—No recuerdo nada de todo eso. Ni creo que me importe. Yo no estoy loco, doctor Busk. Y usted, mejor que nadie, debe saberlo. Sufro una dolencia mental que me hace dudar constantemente; no sé cuál es mi auténtica condición.

—Yo no le considero un ser perverso —insistió Busk.

—No. Creo que soy incapaz de hacer daño a nadie. Vine aquí en busca de ayuda. Soy un ser diferente e ignoro la razón... Sin embargo, he comprendido que no hay nadie capaz de diagnosticar mi caso.

—Podemos intentarlo, señor Sumba.

—Perdería usted el tiempo. Yo veo, sé, anticipo. La razón no me importa.

—A nosotros, sí.

—¿Para qué? ¿Para utilizarme como agente suyo? ¿Para ponerme en una oficina gubernamental y predecir hechos venideros? Ya sé que alguien ha pensado en eso...No, no, lo siento. Escúcheme bien, señor Busk. Sé que la doctora Gwla está en peligro. He tomado afecto a esa mujer, quizá porque es la primera persona que ha conocido oficialmente mi caso y ha querido comprenderme y ayudarme.

»EI organismo oficial que usted representa, por medio de sus máquinas diabólicas, ha ordenado una ejecución. Es una razón importante la que les mueve a eliminar a la doctora Janet Norman, porque sus experimentos con los rayos «da—na» pueden poner en peligro el buen funcionamiento del selector multidimensional. Pero hay un error tremendo en todo ese embrollo.

—¡No sé de qué me habla!

—Yo tengo que ir a Burke a impedir la muerte de la doctora

Gwla. ¡Y no puedo perder tiempo!

Al decir esto, Kristi Sumba agarró la estilizada figura de acero bruñido que había sobre la mesita y se levantó.

—¡No! —gritó Arthur Busk, poniéndose en pie también. Kristi atacó, golpeando con fiereza. ¡Y el objeto de acero cayó sobre la cabeza de Busk!

CAPÍTULO 5

LA cena prometía ser interesante, dada la calidad de los invitados del profesor Chow, entre los que estaba la inquieta y mortificada Tali Gwla, que lucía un bonito conjunto de noche.

Bend Barrow había notado de inmediato que la joven y bella doctora en psiquiatría le observaba con recelo mal disimulado. Por este motivo, una vez hechas las presentaciones, y mientras esperaban la llegada de Janet Norman, que se retrasaba un poco, tomando unos combinados, que preparé Li Chow, se acercó a ella y le habló, un tanto aparte de la charla que sostenían Angus Gwla y el profesor Chow.

—¿Ha tenido usted buen viaje, señorita Gwla?

—Sí. Rápido y cómodo —contestó ella, esforzándose por aparentar tranquilidad.

—¿No ha estado usted antes en Australia?

—No.

—Le gustaría este país. ¿Qué le ocurre? ¿No bebe usted?

—No me apetece. Perdóneme. Estoy un poco nerviosa.

—¿Soy yo el motivo de su nerviosismo? —preguntó Bend entornando los ojos.

—No. Aunque... Antes de venir aquí, había oído hablar de usted —dijo Tali, impulsivamente, como si deseara salir de un atolladero casi angustioso.

—¿De veras? — se interesó Bend—, ¿Quién le habló de mí?

Tali bajó la voz, mirando hacia los dos hombres de edad, que estaban enfrascados en una conversación profesional.

—Hace buena noche. ¿Por qué no salimos a la terraza un poco?

—Encantado.

La puerta de la terraza, que daba a la parte trasera de la casa, estaba entreabierta. Sólo tuvieron que cruzar el umbral y asomarse a la noche. Fuera había una luz tamizada que difundía una agradable y tenue claridad. El perfume de las flores llenaba el aire.

—En Kansas City conocí, no hace mucho, un visionario que me habló de usted. Me dijo que usted vivía aquí y que intentaría envenenarme.

Bend sonrió y exclamó:

—¡Qué tontería más grande! Hasta este momento usted y yo no nos conocíamos... ¿Qué interés puedo tener yo en causarle ningún daño?

—Kristi Sumba, dijo que usted es un agente de «Spion» —terminó Tali, retrocediendo un paso y mirando fijamente a Bend, para ver el efecto que causaban sus palabras.

—¡Vamos, vamos! ¿No creerá usted esa fábula inventada por el gobierno para tener amedrentada a la gente? ¡«Spion» no existe!

—No comprendo por qué dice usted eso, cuando todo el mundo sabe que «Spion» está pendiente de todo cuanto decimos o hablamos —protestó la joven.

—Yo no soy agente de «Spion». De eso estoy seguro.

—Yo no lo estaría tanto, señor Barrow. Ha podido usted ser elegido para eliminarme.

—¿Yo? ¡Qué bobada! Sería incapaz de hacer semejante cosa... Desde luego, doctora. Me está usted poniendo en un trance apurado. No hacemos más que conocernos y ya me está acusando poco menos que de asesino. Tengo motivos para enojarme.

—Perdone... No quería decírselo. Y sé que no conduce a nada el hablar de esto.

—¿Quién le ha dicho tal cosa?

—Un hombre muy extraño que adivina el futuro.

—Eso no es posible.

—Yo estoy convencida de que lo es —afirmó Tali, rotundamente.

—¿Quiere hacerme el favor de explicarse?, se lo ruego.

Tali Gwla se estrujó las manos, indecisa. Todo cuanto estaba diciendo, incluso a ella le parecía una necedad. Pero Kristi le había

demostrado palpablemente que leía el futuro. ¿Por qué habría de engañarla?

—Además, existían otras razones. Su traslado era una de ellas. Tal vez, la Comisión Central del «F.l.» pretendía eliminarla por todo lo que sabía, y para ello había elegido a un ingeniero químico, el cual debía conocer suficientes fórmulas de activos venenos como para matar a alguien sin dejar huella.

Esto era plausible y lógico. Tali sabía que «Spion» elegía a sus agentes, sin que ellos mismos lo supieran. Bend Barrow, por tanto, podía negar cuanto le dijese... Pero, llegado el momento de obedecer el mandato de «Spion», vertería su veneno en el vaso de su víctima y jamás sabría que había cometido un asesinato.

—¿Por qué no cree usted en «Spion», señor Barrow? — insistió Tali.

—Porque no hay nada ni nadie capaz de influir en mis pensamientos contra mi voluntad. Escuche. Yo he estudiado la Ley como cualquier ser humano en uso de razón. También conozco la historia y me he detenido a pensar.

«Como afirma el código, puede que una máquina esté controlando nuestros pensamientos, y cuando tengamos uno ilegal que nos lleve al delito, se nos descubra. No sé hasta qué punto, pero eso puede ser factible, dado que nuestro cerebro es un aparato de radio que emite ondas de frecuencia infinitamente pequeñas, pero que no por ello dejan de ser captadas.

»En esto convengo con usted. Estamos controlados por un «Neuriscopio» que el gobierno central esgrime contra todos nosotros. Ahora bien, de ahí a que «Spion» nos inculque ideas que no nacen en nosotros, nos lleve y nos guíe, y nosotros no sepamos lo que hacemos, en eso, repito no puedo creer.

—Yo puedo demostrarle, con hechos que he ido comprobando, que «Spion» está al acecho siempre. Por ejemplo, hace un año se nos presentó una mujer que no pudo dominar la tentación de apuñalar a su esposo. Alegó que se había enamorado de otro hombre y su marido le estorbaba para contraer nuevas nupcias.

»La mujer pensó el parricidio y lo realizó casi inmediatamente. No había reflexión en ella y nuestro diagnóstico fue que dicha mujer era propensa a los impulsos fatales. Era una psicópata homicida. Luego se averiguó que ya había matado otras veces y que

había cumplido condena de internamiento.

»Pues bien. Aquella mujer fue atropellada, dos días después, en plena calle, por un conductor que cometió una imprudencia por vez primera en su vida. ¿No ve usted en todo eso la acción ejecutiva de «Spion», señor Barrow?

—Yo sólo veo un cúmulo de casualidades… Perdón, debemos entrar. Ya ha llegado la señorita Norman.

* * *

Janet Norman frunció levemente el ceño al ver a Tali Gwla aparecer en la puerta de la terraza, acompañada de Bend. Pese a ello, sonrió amablemente y se acercó a saludar a Tali, a la que su padre presentó.

—Janet, ésta es mi hija, la doctora Tali, que desde mañana pertenecerá al Centro Médico oficial de Burke.

—¡Oh, cuánto me alegro de tener alguien con quien contar en el Centro Médico! Una no sabe nunca lo que puede depararnos el destino. Los científicos somos algo propensos a desvaríos mentales… ¡Hola, Bend; perdona que me haya retrasado! No suelo entretenerme mucho en mi tocador, pero esta noche…

—Me siento halagado, Janet —replicó Bend, quien, efectivamente, había visto la gran transformación realizada en la doctora de espectrofísica.

La señora Li se acercó con una bandeja y ofreció un combinado a Janet.

—Toma, querida. Esto te entonará para la cena… Hoy tenemos varios platos de origen chino.

— ¡Oh, gracias, señora Chow! Es usted muy amable —dijo Janet, tomando una copa…

* * *

Bend Barrow sintió perfectamente que todo quedaba en suspenso. Podía percibir, incluso, el vacío en que se hallaban los demás, en torno a él. Eran como estatuas de carne y hueso, entre las que podía moverse, a condición de volver a ocupar luego su lugar exacto, para que nadie se apercibiera del «alto» dimensional en que

se encontraban los demás.

Y la voz llenó su mente:

« — Este es el momento, Ben Barrow. Ya sabes cómo opina ella. No dejará sus investigaciones, ni a cambio de una vida plácida y confortable... ¡Ahora puedes depositar cuatro píldoras de «metraldicina» en su copa! Como sabes bien, el efecto se producirá dentro de seis horas, poco más o menos. Morirá y no quedará vestigio en su sangre.

« — Pero las píldoras las tengo en mi maleta —replicó Bend, mentalmente, como si hasta su subconsciente se rebelase contra el asesinato que le sugerían.

«—Tienes que ir a buscarlas... ¡No, ahora, no! Este «alto» sólo es de segundos. Luego, durante la cena tendrás oportunidad. Ahora, volverás a tu normalidad. Dentro de unos minutos, te excusarás e irás en busca de las píldoras, las cuales guardarás en tu bolsillo. Las tendrás, así, preparadas, para cuando te avisemos de nuevo.

* * *

Ben actuó inconscientemente, cuando la señora Li anunció que podían pasar al comedor, donde la cena estaba servida.

—Discúlpenme un instante. Enseguida estoy con ustedes dijo.

Sólo Tali Gwla le miró de un modo singular, pero no dijo nada. Janet la tomó del brazo y juntas fueron hacia el comedor.

—El ingeniero Barrow me ha pedido que me case con él — dijo Janet.

—¿De veras? —exclamó Tali, sin saber exactamente lo que la otra quería decir.

—Sí. Es un hombre muy interesante. Pero yo no puedo aceptarle. Me exige, como condición, que renuncie a mis trabajos para irme con él a Sídney.

—¿Y no quiere aceptar? —preguntó Tali, mirando distraídamente a la mesa, servida al estilo oriental antiguo.

—No, no puedo. Estoy dedicada a una labor sumamente interesante.

—¿De qué se trata?

—He descubierto un nuevo campo de radiaciones en la banda ultravioleta que puede revolucionar enteramente el mundo de las

comunicaciones. Mis experiencias están en embrión, desde luego, y pueden durar toda una vida. Si renuncio a ellas a cambio de contraer matrimonio.

—¿Qué le dicen los impulsos de su corazón? —la interrumpió Tali, secamente.

Janet quedó algo sorprendida, pero dijo:

—Mi corazón me dice que Bend me ama. No puedo engañarme en eso… ¡Y yo también le quiero a él! ¿Comprende mi dilema?

—Sí, me hago cargo. Usted me lo dice a modo de consulta, viendo en mí a la funcionaría del Centro Médico, ¿no es así? Pues déjeme decirle algo, Janet Norman. Su trabajo puede ser sumamente importante, pero más lo es su propia felicidad. Esta no puede ser sustituida por nada. En cambio, su trabajo puede realizarlo otra persona, con el debido asesoramiento.

—¿Quiere usted decir que debo aceptar la proposición de Bend y renunciar a todo?

—Sí, eso quiero decir. Naturalmente, siempre y cuando usted esté segura de que, en efecto, ha encontrado la verdadera felicidad.

—Me pone usted en un tremendo apuro… ¡Oh, ahí viene, Bend! Le ruego no hable usted nada de esto. Yo decidiré… Ahora estoy muy confusa.

Bend Barrow regresaba sonriente. Había ido a su habitación de huésped a buscar un pañuelo de bolsillo y a peinarse un poco, así como tomar su pitillera de oro, porque después de la cena fumarían.

Pero, sin que él mismo se diera cuenta, había tomado también cuatro píldoras «somnígenas» del frasco sin etiqueta que tenía en la maleta.

Y las pastillas fatales estaban ahora en su bolsillo derecho, dispuestas para ser dejadas caer dentro de la copa en donde bebiera Janet Norman.

—Perdonen mi retraso —se disculpó Bend — . Me olvidé de unas cosas… ¡Esta mesa ofrece un aspecto fantástico! ¡La felicito, señora Chow; sigue usted siendo tan excelente cocinera como siempre!

—Gracias, Bend. Siéntate aquí, entre estas bellas señoritas. Los hombres de edad a este lado… Tú aquí, Yeu, querido.

El profesor Chow se sentó a la cabecera de la mesa. A su derecha estaba Angus Gwla, seguido de la señora Li. A la izquierda del

profesor estaban, en primer lugar, Tali Gwla, seguida de Bend Barrow y de Janet.

Esta disposición era así, dada la forma irregular de la mesa, según el estilo y gusto del siglo.

En primer lugar, tomaron un entremés de pescado ahumado, con tomates amarillos y ensalada caliente, todo regado con vino espumoso y rojo.

—¿Qué es esto, señora Chow? —preguntó Tali Gwla.

—Raballo del Pacífico en conserva. La guarnición es una especialidad, mía, señorita Gwla. Espero que le guste.

—Es delicioso. Jamás había probado nada más exquisito.

—Siento una gran pasión por la buena mesa. Esto lo heredé de mi madre.

Sonrieron todos, comieron con buen apetito y charlaron. Bend Barrow se volvió a Tali y le preguntó:

—¿Qué ha sido del visionario?

—Quedó en Kansas City. Yo tuve que venir aquí.

—Un excelente caso clínico que se le ha escapado, ¿eh? — Bend sonreía con cierto aire de picardía.

—Aunque no lo crea, es cierto.

—¿De qué se trata, hija? —preguntó Angus Gwla, sin mucho interés.

—De un hombre que se presentó a mí hace unos días, en el Centro Médico. Era el caso más interesante de cuantos he conocido en mi vida.

Tali empezó a explicar con detenimiento el caso Kristi Sumba, hasta terminar diciendo:

—Creo que, debido a todo ello y una vez examinado mi informe en la Comisión Médica, me echaron sin miramientos para...

Un zumbido, al fondo del comedor hizo volver a todos la cabeza. Procedía del aparato de T.V. panorámico, en el que había un dispositivo especial que producía un zumbido característico cuando la cadena de transmisión tenía que emitir alguna noticia importante, por si habían televisores que no funcionaban.

—Algo ocurre —exclamó el profesor Chow, levantándose—. La última vez que funcionó el «Timbre» fue cuando murió el presidente de la comisión de gobierno australiana.

El profesor conectó el televisor, que estuvo fluctuando unos

minutos, hasta que apareció el semblante de un popular locutor.

—Señoras y caballeros, nos vemos obligados a suplicar la máxima atención. Hemos de transmitir una nota que nos ha llegado de la Comisión Central de la «F.I.», para ser difundida por todo el mundo.

»Un funcionario de la Comisión Médica ha sido asesinado a golpes en el Centro Médico de la ciudad de Kansas City. Su agresor, un interno llamado Kristi Sumba, se ha dado a la fuga. «Spion» está intentando localizarle y esperamos que sea detenido de un momento a otro.

»Sin embargo, según se nos comunica en la nota oficial, ese homicida sufre una dolencia mental que le permite escapar al control del «Neuriscopio», y por lo tanto es difícil localizarle. Vamos a ofrecerles una imagen de Kristi Sumba, para que si alguien le ve, avise inmediatamente al Centro Médico de su localidad.

—¡Cielos santo! —exclamó Tali Gwla, poniéndose en pie de un salto—. ¡Es Kristi, el hombre de quien les estaba hablando!

Un silencio mortal se hizo en el comedor, mientras todos los reunidos contemplaban la imagen de Kristi Sumba, tomada a su ingreso en el Centro Médico de Kansas City.

—¿Es el mismo que...? —preguntó al cabo de un rato, Angus Gwla a su hija.

—¡Sí! —habló excitadamente Tali — , Yo avisé al director de que podía ocurrir ese incidente. Kristi me lo anticipó, pero el señor Schoepen no me hizo caso. ¡Dios mío! Tengo que hacer una llamada a larga distancia. ¿Dónde tiene usted su visófono, profesor Chow?

—En el salón —dijo Bend Barrow—, Permítame acompañarla.

La cena que prometía ser tan exquisita se había truncado de pronto al escuchar aquella noticia, que aún fue repetida varias veces más, intercalada en los diferentes programas.

Por su parte, Tali Gwla, Bend Barrow y Janet Norman, salieron al salón. Tali pulsó el botón del fonovisor y pidió una comunicación con Kansas City, diciendo a la operadora:

—Soy la doctora Tali Gwla y deseo hablar con el director del Centro Médico de Kansas City. Es muy importante. Tengo que informar acerca de Kristi Sumba.

—Sí, la ponemos inmediatamente por comunicación—satélite... Burke llama a Kansas City.

Las comunicaciones funcionaron inmediatamente.

—¿Sabe usted algo de ese hombre, señorita Gwla? —preguntó Janet.

—Sí —repuso Tali, mirando a Bend a los ojos—. No le mentí... Lo que le dije en la terraza es cierto. Pero ignoraba que Kristi estaba fuera del control de «Spion»... ¡Ahora estoy cierta de cuanto le dije! ¡Le ruego, pues, que se aparte usted de mi lado!

—¡Pero yo...!

En la pantalla ovalada del visófono apareció la imagen del doctor Anthony Schoepen, director del Centro Médico de Kansas City, quien, al ver a Tali Gwla, exclamó:

—Llevo varias horas intentando localizarla, doctora. Pero no sabía dónde hacerlo... ¡Hay una confusión tremenda aquí! ¡Estamos invadidos de reporteros e informadores!

—¿Quién es el muerto, señor? —preguntó Tali.

—El doctor Busk... ¡Tal y como usted lo predijo! ¡Estoy esperando la llegada de un delegado de la Comisión Central!

—¿Y Kristi Sumba?

—Nadie sabe dónde está... ¡Por favor, tiene usted que ayudarnos! En la grabación que tenemos hecha de todas las palabras de Kristi, hay algo que nos induce a creer que intentará ir hasta donde está usted. Si le hacemos venir a usted aquí, perderemos el tiempo y no haremos más que jugar al ratón y al gato. Quédese ahí y comuníquenos cualquier noticia que tenga... ¡Kristi Sumba ha de ser detenido!

—Si viene aquí, avisaré a la inspección de control de esta Base, para que le detengan —dijo Tali—. De todos modos, estoy a la disposición de usted, señor director.

—Gracias, Tali. Pero hay algo más. Kristi mencionó una confabulación contra usted. El debió de adivinar algo. Creo que al matar a Arthur Busk, su móvil era escapar para trasladarse a Burke a fin de salvarla a usted. Debió tomarle afecto a su perdona, Tali.

—Eso creo, señor Schoepen... ¡Y precisamente está aquí la persona que Kristi mencionó... el señor Bend Barrow!

—¿Qué dice usted? —exclamó Bend, agarrando nerviosamente a Tali del brazo y presionando el botón del fonovisor para cortar la comunicación.

—¡Es cierto! ¡No le mentí! ¡Usted quiere asesinarme, lo sé! —

gritó Tali, pretendiendo soltarse.

—¿Se ha vuelto loca? —gritó también Bend Barrow.

Janet Norman se interpuso entre los dos, separándoles.

—¡Basta! No sé lo que ocurre aquí exactamente. Pero este no es modo de comportarse...

En la puerta del comedor aparecieron también el padre de Tali, el profesor Chow y la señora Li. Y todos miraban a Bend de un modo raro, como si tuvieran ante ellos a un asesino.

—¡No me mire así! ¡Yo no he hecho nada! —gritó Bend, asustado.

CAPÍTULO 6

DANIA Busk, en su «planetoide», había estado contemplando la muerte violenta de su esposo, sin poder hacer nada para evitarlo. Podía verlo, como podía ver todo lo que sucedía en los veintitrés mundos habitados de la «F.I.», gracias a una pantalla conectada al «Neuriscopio».

Y al quedar sola, Dania estimó conveniente seguir los pasos de su esposo, para gozar de la sensación de que continuaba a su lado.

Dania amaba a Arthur Busk, mucho antes de que la Comisión Central de la «F.I.», les eligiese para controlar los circuitos del selector multidimensional. Se habían amado durante años y no les importaba la soledad de su trabajo.

En aquel momento, viendo a Kristi Sumba atacar fieramente a Arthur, Dania chilló y nadie pudo oírla. Luego, presa de un ataque de nervios, se desplomó de su asiento y estuvo unos minutos golpeando el suelo metálico con los puños cerrados.

Su esposo había sido asesinado ante sus mismos ojos.

Le había matado, precisamente, el único individuo que estaba fuera de todo control, entre quince mil millones de seres humanos.

—cuando Dania comprendió que sólo ella era capaz de seguir los pasos de Kristi Sumba y no perderle de vista, por si intentaba escapar, volvió a situarse frente a la pantalla... ¡Pero Kristi Sumba

ya no estaba allí!

En el piso alfombrado de la salita sólo estaba el cadáver de su querido Arthur, sangrando copiosamente por la cabeza... ¡Su asesino había desaparecido!

Dania intentó, desesperadamente, localizar a Kristi dentro del edificio del Centro Médico de Kansas City, pero sólo encontró enfermos, asistentes, doctores y visitantes. Por medio de la pantalla del «Neuriscopio» intentó localizarlo en las inmediaciones del edificio, pero tampoco le fue posible.

Era evidente que Kristi Sumba, después de agredir a Arthur Busk, salió de la salita y escapó a través de alguno de los ascensores rápidos que llevaban a los aparcamientos subterráneos. Al no poder detectar sus ondas «neúricas», la conjunción multidimensional del ingenio electrónico podía pasar sobre el individuo y, no enfocándole de lleno desde la mente de otra persona, era incapaz de ser localizado.

Dania, sin embargo, buscó y buscó inútilmente durante una hora, hasta que decidió comunicar el caso al delegado de «Spion» en la Comisión Central del «F.l.»

Inmediatamente, le fue comunicado el envío de una pareja auxiliar, que se encargaría de todo, porque suponían que Dania no estaría en condiciones de obrar correctamente, dado el personal interés que tenía en aquel caso.

—se le prohibió efectuar ningún otro intento para localizar a Kristi Sumba, porque Dania podía sentir el impulso de destruirlo con una onda desintegrante.

—No tema —musitó Dania, con lágrimas en los ojos y un angustioso nudo en la garganta — . Yo sé que Kristi Sumba es un irresponsable... ¡Matarle, pese a lo que ha hecho, no es procedente! Su cerebro trastornado posee un poder tal que sólo puede recordar, por así decir, lo que todavía no ha vivido. El interés científico de ese hombre es importantísimo.. ¡Pero mi dolor es inmenso!

—Lo comprendemos perfectamente, señora Busk. Por eso, mientras se repone usted de esta impresión, otros técnicos se harán cargo de ese control.

—¡Por favor, que vengan cuanto antes!

—Ya están en camino. En la misma nave que ellos lleguen, vendrá usted aquí, para ir luego a la Tierra y asistir al entierro de su

esposo.

—Gracias, señor Carver.

* * *

En aquel mismo instante, en la Base Darling, de Burke, tenía lugar una extraña reunión en torno a un hombre que estaba sentado en una butaca giratoria, abrumado por la acusación insólita que pesaba sobre él.

Y Dania Busk no era ajena a tal acusación, aunque no era ella la culpable, sino las máquinas que el gobierno de la Comisión Central del «F. I.», habían puesto a su disposición.

«Spion» estaba trabajando por medio de controles independientes, cuyas matrices se encontraban situadas en el Monte de Hierro del planeta Mercurio, y que robots mecánicos accionaban por medio de células fotoeléctricas.

El acusado era Bend Barrow, y sus acusadores el doctor Angus Gwla, su hija Tali, el profesor Chow, su esposa Li y Janet Norman, aunque ésta última lo que más hacía era defender a Bend.

—El no puede saber si «Spion» le ha elegido para matar a Tali —estaba diciendo Janet, con vehemencia—. ¡Nadie puede saberlo!

—¡«Spion» no existe! Yo no puedo ser su instrumento ciego.

—Tengo pruebas suficientes de la existencia de «Spion» —continuó diciendo Tali, secamente—. Y, por si fuese poco, Kristi Sumba me dijo su nombre de usted.

—En caso de que eso sea cierto, estamos poniéndonos todos fuera de la Ley, pretendiendo oponernos a los designios inapelables de «Spion» —atajó Janet, secamente.

Tali miró a Janet con ojos llameantes.

—¡Es mi vida la que pretenden eliminar!

—¡Es una suposición suya, basada en las palabras de un demente!

—¡Kristi «lee», ciertamente, el futuro! Yo he hecho con él distintas pruebas y me he convencido de ello.

—Calma, calma —intervino Yeu Chow—. Creo que estamos sacando las cosas de quicio... Si «Spion» ha decretado la muerte de Tali, no hay nadie en la superficie del planeta capaz de evitarlo. Admitamos que, sin saberlo, como actúan siempre los agentes de

«Spion», Bend ha venido aquí con una siniestra misión. Admitamos que le hemos descubierto, gracias a esta asombrosa serie de circunstancias y que ya no puede realizar su misión. ¿Quiere esto decir que «Spion» desistirá de su intento?

La verdad estaba penetrando feroz y lentamente en el cerebro de todos. Incluso Angus Gwla llegó a pensar que, fracasado Bend, él mismo podía ser elegido para asesinar a su propia hija.

Li Chow pensó lo mismo. Y repasó mentalmente los ingredientes que había puesto en la cena, por si una mano ajena a la suya hubiese vertido un veneno.

Y hasta la propia Janet Norman sintió el peso de la culpa en su corazón, porque admitió haber sentido una punzada de celos al ver aquella noche regresar de la terraza a Bend en compañía de Tali.

—¿Cómo iba yo a matar a Tali? Ni siquiera sabía que existiese.

—Un agente de «Spion» no tiene necesidad de conocer a su víctima, para ejecutarla... ¿Y el cómo? No sé. Usted es químico. Tal vez administrándole alguna droga.

—Debería llevarla encima, ¿no le parece? —exclamó Bend, poniéndose en pie y palpándose las ropas.

Entonces se detuvo con la mano sobre el bolsillo derecho de su «vestón». Lentamente, casi con temor, introdujo la mano en el bolsillo y tocó las píldoras de «metraldicina», sacándolas.

—¿Qué es eso? —preguntó Tali, avanzando hacia él, blanca como la cera.

—No sé lo que hace esto en mi bolsillo —musitó Bend, apenas sin voz — . Les aseguro a ustedes que ignoraba llevase aquí esto... Pero me rindo a la evidencia. Yo sé lo que es esto. Se trata de unas píldoras que yo mismo fabriqué para combatir el insomnio. Una píldora hace dormir... ¡Pero cuatro matan!

—¿Y de dónde las ha sacado usted? —preguntó Angus Gwla.

—Lo Ignoro. Debían estar en un frasco, dentro de mi maleta. Ni siquiera sé por qué las he traído...

Y de nuevo, en un vacío de tiempo, Bend Barrow volvió a escuchar la voz metálica de «Spion», mientras el silencio se extendía en derredor suyo.

« — Atiende, Bend Barrow. Estás descubriendo tus verdaderas intenciones. Pero tú no tienes la culpa. Existe aquí un tremendo error... ¡No es Tali Gwla quien debe morir! ¡Quién ha de morir es la

doctora Norman!

« — Ya no puedo hacer nada. Me han descubierto y me vigilan. Todos mis actos son sospechosos. Debéis relevarme del cumplimiento de mi misión.

«—Jamás se ha hecho tal cosa... ¡Tienes que matar a Janet Norman! ¡Hazlo inmediatamente! Echa las píldoras en un vaso y dáselo a beber a Janet Norman... Sólo en caso de que ella acepte casarse contigo y dejar sus peligrosos trabajos, haremos que no ingiera la droga fatal. Pero dudamos que acepte».

—¿Padeces de insomnio? —preguntó Janet Norman, en tono que pareció despertar a Bend.

—No, ahora no... Y esto me hace pensar en que tal vez tengan razón... ¡Que existe «Spion» y he sido elegido para matar a la señorita Gwla!

—De que existe «Spion» no tengo yo ninguna duda — contestó Tali, sin apartar la vista de las cuatro pastillas que Bend tenía en la mano—. ¿Qué efectos produce eso?

—La «metraldicina» es un veneno activísimo que se diluye en la sangre y no deja huella. Actúa como la antigua enfermedad llamada leucemia —explicó Angus Gwla.

—¿No deja huella? —repitió Tali.

—No.

—Entonces por eso ha sido elegida por «Spion» para eliminarme... ¡Yo sé demasiadas cosas de Kristi Sumba! ¡Soy un peligro latente, aunque ignore la causa! —diciendo esto, Tali se refugió en los brazos de su padre—, ¡No quiero morir, padre! ¡Yo no he hecho nada a nadie! ¡No he cometido ningún daño! ¡Han sido ellos los que me han hecho daño a mí! ¡El caso de Kristi era mío!

—Es mejor que guarden ustedes estas pastillas —dijo Bend, dirigiéndose a Angus Gwla — . No teniéndolas yo, no podré cometer ningún asesinato, ni en contra de mi voluntad. Acéptelas como prueba de mi sana intención.

Angus Gwla tomó las pastillas y se las guardó en su propio bolsillo.

—Nadie, ni siquiera «Spion», podrá obligarme a ejecutar a mi propia hija.

—Sin embargo, con eso no solucionamos nada —intervino Janet Norman—. «Spion» no deja nada al azar... ¡Si se ha decretado una

muerte, deben cumplirla! ¡Ninguno de nosotros puede evitarlo!

La señora Li Chow se había sentado en una butaca y tenía el rostro oculto entre las manos. Sollozaba silenciosamente, sufriendo por la calamidad que creía caída en su mansión. Y de vez en cuando musitaba:

—Es injusto, intolerable... ¿Por qué tiene que ocurrimos esto?

Por su parte, Yeu Chow paseaba lentamente por el salón, con las manos a la espalda.

Angus Gwla abrazaba a su hija, sin atreverse a marcharse.

Estaba obligado a su anfitrión y, además, comprendía que yéndose no iba a solucionar nada.

Por su parte, Janet y Bend se miraban, sin saber qué decirse; ambos pálidos y trémulos.

Esta situación embarazosa duró hasta que sonó el zumbido de llamada del fonovisor. Entonces, Yeu Chow acudió ante el aparato y le conectó.

—El señor Geen Carver desea hablar con la señora Gwla... Por favor, que se ponga la doctora Tali Gwla. El señor Carver es un funcionario de la Comisión Central del «F.I.».

La cosa debía ser gravísima, para que uno de los enigmáticos delegados de la Comisión Central se mostrase en público de aquella manera.

Tali saltó hacia el fonovisor, demudado el rostro, en el instante en que aparecía en la pantalla ovalada la fisonomía grave del delegado de «Spion» en la Comisión Central del «F.I.».

—¡Por favor, señor, no me maten! —gritó Tali, antes de que el delegado pudiera decir nada — . ¡Yo no he cometido ninguna falta voluntariamente!

—¿Qué dice usted, señorita Gwla? ¿Por qué me habla de ese modo? ¿Quién quiere matarla?

—Sé que «Spion» ha decretado mi muerte.

—¡Está usted en un gravísimo error, señorita Tali! Y precisamente de eso quiero hablarle. Se me ha informado de lo que sucede... Y debo admitir que existe un error, como ya sabe usted por Kristi Sumba, el promotor del embrollo.

«Esto es cosa de locos. Pero, de locos peligrosos, como sabrá ya. El doctor Arthur Busk ha sido asesinado. Era el hombre que le sustituyó a usted, por designio nuestro, en la investigación llevada a

cabo por Kristi Sumba.

«Usted es nuestro personaje clave, señorita Gwla. ¡Nadie le hará el menor daño! Dentro de unos instantes, un grupo de inspectores de la Base Darling la protegerá y responderá con sus vidas de la suya.

»He dicho que usted es nuestro personaje clave, porque nos interesa averiguar de dónde procede ese extraño poder, que anida en el cerebro de Kristi. En cuanto le encontremos, usted se ocupará de él y averiguará por medio de sondeos encefaloscópicos, cuál es la causa motriz de su poder. Mientras, no se asuste. Los inspectores de la base la protegerán.

« — Sí, sí, señor.

« — En cuanto el error que sufren ustedes ahí, debo decirles algo sumamente importante. Y esto debe saberlo la doctora Janet Norman. Deseo que se ponga frente al fonovisor».

Sorprendida, Tali Gwla se volvió a donde estaban Bend y Janet, diciéndoles:

—Vengan, por favor. Les llaman.

Janet se acercó, un tanto amedrentada. Bend la siguió, situándose inmediatamente detrás de ella.

—Escúcheme, doctora Norman. Ha sido usted condenada a muerte por «Spion», debido a su insistencia en proseguir con unos trabajos perjudiciales para nuestro sistema de control social.

«"Spion” no es una fábula, como dice el ingeniero Barrow. "Spion" vela por los intereses de todos los ciudadanos de la humanidad. Eso está escrito en las leyes fundamentales. Sin embargo, voy a reconsiderar su caso. Bend Barrow fue enviado a Burke con el propósito de cumplir una doble misión. Debía apartarla a usted de sus trabajos. Esto era una consideración que le tenemos. Para ello, él debía contraer matrimonio con usted.

—Ya... ya estoy enterada —musitó Janet, trémula.

—No del todo. Usted duda de que el ingeniero Bend Barrow sienta amor hacia usted. El la quiere. Cásese con él y deje los rayos «da—na». Es una súplica «in extremis». Si nos desobedece, la mataremos.

—Pero ¿saben ustedes lo que significan los rayos «da—na»? —preguntó Janet, impulsivamente.

—Mejor que usted. Nuestra Comisión Científica ha dictaminado

ya acerca de ese descubrimiento. No hay apelación. O desiste usted de continuar ensayando, y por tanto poniendo en peligro nuestros sistemas de control multidimensional, o será eliminada.

—Sin embargo, con eso no conseguirán ustedes anular el poder de los rayos «da—na».

—Conseguiremos lo que se consiguió en el siglo XXI al destruir todas las armas atómicas que existían en los arsenales.., ¡Conseguiremos la paz! —replicó Geen Carver, secamente—. Atienda, señorita Norman; yo no soy «Spion», sino un simple eslabón entre la maquinaria de «Spion» y el gobierno. No doy órdenes, sino que las cumplo. Yo soy humano y siento como usted. Por esto he decidido, dado que no tenía más remedio que salir de mi refugio, para solucionar el grave caso que nos ocupa, hablarle personalmente. Me está prohibido el hacerlo, pero no me importa arriesgar mi puesto si logro salvar una vida.

«Usted dejará sus trabajos de investigación. Podríamos relevarla de su puesto, incluso expulsarla. Pero nuestros cálculos han revelado que en ese caso, alguno de sus colaboradores continuaría sus investigaciones y no habríamos logrado nada. Se requería, pues, una ejecución formal y la destrucción de los datos que guarda usted en su poder.

—¡Eso sería un crimen de lesa ciencia, señor Carver! ¡Les ruego que recapaciten! ¡Yo no emplearía jamás los rayos «da—na» en contra de los sistemas de control multidimensional! Sería tanto como ponerme fuera de la Ley. Deben de saberlo.

»Pero negar a la humanidad las ventajas que reportarían los rayos «da—na» en un crimen mucho peor. Es incalculable el número de beneficios que podrían reportarnos. El átomo y su desintegración, como usted ha dicho, estuvo a punto de destruir a la humanidad. Pero es indiscutible que sus aplicaciones pacíficas nos han ayudado muchísimo. Y les diré más, señor Carver! ¡Los rayos «da—na» pueden ayudarles a descubrir los misterios de la mente de Kristi Sumba!

—¿Que dice usted?

—Ya me ha oído... ¡Dentro de un par de horas, podré decirle dónde se encuentra ese individuo, con tal que me faciliten ustedes su onda de control!

—Pero si Kristi Sumba carece de control.

—Me refiero a la que tenía antes de volverse como es ahora… Debía estar controlado como todos nosotros.

—¿Está usted segura de lo que dice?

—Segurísima —replicó Janet Norman, firmemente.

—En ese caso, aguarde usted ahí. La volveré a llamar. Debo consultar este asunto.

Al decir esto, Geen Carver cortó la comunicación, esfumándose su imagen de la pantalla.

* * *

Entre las miles de personas que asistían a la cremación del cadáver de Arthur Busk, congregadas en una extensa explanada, al norte de la megápoli, donde se encontraba el Crematorio, estaba Kristi Sumba, cubierto el rostro con una máscara de plástico conseguida en un teatro del centro de la ciudad.

Allí también estaba Dania Busk, cubierta con una clámide oscura. Ella había llegado en un furgón, junto al féretro donde yacía su esposo muerto.

La gente acudía allí por simple curiosidad. Había muerto un funcionario de la Comisión Central de la «F.I.», y esto no ocurría todos los días. Las cábalas y suposiciones, empero, eran increíbles.

Kristi, mezclado entre la gente, logró situarse a escasa distancia de donde se encontraba Dania Busk. Pudo verla y comprender su dolor. Incluso sintió deseos de acercarse y consolarla. Su instinto de conservación le advirtió de no darse a conocer.

El era la única persona incontrolada entre tantísima gente.

El no había querido matar. Se dejó llevar por el impulso y lo hizo. Lo había previsto, sí, y no pudo evitarlo. Este era su martirio, su lucha titánica, su obsesión.

Kristi había escapado para ir a Burke. Deseaba ayudar a Tali Gwla. ¡Pero había previsto su propia muerte! ¡Se había visto a sí mismo penetrar en un laboratorio en donde trabajaban varias personas!

¡Y se había visto fugazmente envuelto en una luz cegadora y espantosa que le aniquiló!

Aquello era lo que le llevaba, inquieto de un lugar a otro, sin decidirse a huir de la ciudad. No quería cumplir su propio destino…

¡No quería morir!

Y tampoco era capaz de adivinar nada más, después de la luz cegadora.

Estaba mirando a Dania Busk y pensaba en el camión de las mudanzas que debía recoger todas las pertenencias de Tali Gwla, para trasladarlas a Australia. El sabía que la doctora había encargado a una agencia el traslado de sus muebles y libros.

No quería ir hacia la muerte, pero no podía evitarlo.

CAPÍTULO 7

BEND Barrow se acercó a la casa del doctor Gwla y vio allí a cuatro hombres armados con fusiles desintegradores en la puerta. Reconoció a uno de ellos como el inspector que le registró a su llegada a la Base Darling, el día anterior.

—¿Dónde va usted? —preguntó uno de aquellos hombres.

—Deseaba hablar con la doctora Gwla.

—No puede verla nadie. Lo siento.

—¿La tienen ustedes secuestrada?

—No. Pero nadie puede verla.

—Me parece que han interpretado ustedes mal la orden. Están aquí para detener a Kristi Sumba, si aparece.

—A usted no le importa para qué estamos aquí. ¡Márchese de una vez o le pesará!

—No me iré hasta no haber hablado con Tali Gwla — replicó Bend, obstinadamente—. De modo que, déjenme pasar o avísenle para que salga a verme.

Uno de los inspectores, furioso, apuntó a Bend con su fusil, gritando con todas sus fuerzas:

—¡Que se marche, le han dicho!

—No. Y cuidado con lo que hace. No soy un cualquiera.

La discusión se habría agriado, si no ¡se abre la puerta de entrada en aquel momento y aparece la propia Tali Gwla, quien exclamó:

—¡Déjenle pasar!

—Tenemos órdenes de no dejar pasar a nadie —contestó un inspector.

—Está bien —dijo Tali, saliendo al exterior y acercándose a Bend — , Si no le dejan pasar saldré yo.

Bend se acercó a Tali, sonriendo:

—Hace un día precioso. ¿Quiere dar un paseo conmigo?

—¿No intentará usted matarme? —preguntó Tali, con una encantadora sonrisa.

—Ya sabe usted que no. ¡Y ustedes, pueden seguirnos a distancia prudencial! No tienen por qué escuchar nuestra conversación.

Los inspectores tenían orden de vigilar a Tali, pero no de oponerse a sus libres movimientos. Por este motivo, se situaron a unos diez metros, caminando en pos de la pareja por las avenidas de la Base.

—Ha sido una noche interesante —empezó a decir Bend — , Confieso sinceramente que no creía en «Spion».

—¿Ha cambiado de idea?

—Sí. Ahora estoy preocupado por Janet Norman. ¿Puedo hacerle una consulta profesional?

—Desde luego que sí, Bend.

—A la Comisión Central de la «F.I.», no le interesa que Janet ensaye con los rayos «da—na», los cuales parecen ser la clave de todo este embrollo. Janet asegura que, una vez conectados al selector multidimensional, en la banda de control de Kristi Sumba, puede localizarle. Esa parece ser una de las aplicaciones de los rayos «da—na». Son mucho más intensos que las ondas magnéticas normales.

—No sé dónde quiere ir a parar, Bend —objetó Tali, confusa — . ¿Cuál es su consulta?

—Déjeme hacer el preámbulo. Apenas he dormido en toda la noche, pensando en esto.

—Janet Norman tampoco. Está trabajando en el laboratorio. Me ha dicho mi padre que ha llamado a sus ayudantes con urgencia.

—Janet sigue en peligro —continuó diciendo Bend — . La Comisión sólo le ha dado una breve tregua... Y mi consulta es ésta. ¿Qué ocurrirá si Janet fracasa?

—He pensando en que Kristi Sumba conoce perfectamente todo

lo que va a ocurrir. Por lo tanto, debe saber si Janet le va a descubrir o no.

—Seguramente, ya lo sabe. Es imprevisible lo que puede hacer ese individuo. Ni él mismo sabe por qué hace las cosas. Es como un niño desorientado, con un terrible y extraño poder mental, producido por su enfermedad.

—Déjeme continuar, por favor. Mis ideas van mucho más lejos —continuó diciendo Bend — . Vamos a suponer que Janet descubre a Kristi y se le detiene. ¿Qué puede ocurrir con ambos?

—Respecto a la persona que a usted le interesa, o sea a Janet, no puedo anticipar ni prever nada. La Comisión Central la deja experimentar con los rayos «da—na» únicamente para localizar a Kristi. Se trata, pues, de dos problemas distintos.

«Supongamos que tiene éxito. En tal caso, creo que la Comisión reconsiderará el caso de la doctora Norman. Una utilidad práctica de los rayos «da—na» puede cambiar considerablemente las cosas. Sin embargo, mi consejo es que Janet Norman deje de experimentar con esos rayos una vez realizado el experimento. Usted la quiere, ¿verdad?

—Sí. Ahora me doy cuenta de que la quiero con toda mi alma.

—Pues tiene usted que luchar por ella.

—Sí, pero ¿cómo? Precisamente era yo el elegido por «Spion» para ejecutarla.

—Eso son paradojas de la vida. Ye, de usted, lo que haría es no moverme de su lado. Iría al laboratorio y permanecería allí hasta saber una cosa u otra.

—Sí, eso haré. ¿Irá usted al Centro Médico hoy?

—No. Estoy esperando que me lleguen mis pertenencias desde Kansas. Tengo muchos objetos que poner en orden. Además, en estos traslados, podemos disponer de diez días de permiso para ambientarnos... Ahí está el laboratorio de espectrofísica. Vaya usted a ver a Janet. Se alegrará de verle. Yo tengo excelente compañía — Tali se volvió y señaló a los cuatro inspectores que les seguían a prudente distancia—. No creo que me pierda.

—Gracias, Tali. Le estoy muy reconocido. Ya la veré más tarde.

Se estrecharon la mano, separándose. Tali continuó dando su paseo y Bend se dirigió hacia la entrada del enorme edificio que eran los laboratorios de la base.

* * *

Tres mujeres, de edades diferentes, aunque ninguna pasaba de los treinta años, y tres hombres, también jóvenes, prestaban su colaboración a Janet Norman en el laboratorio de espectrofísica.

Un asistente interceptó a Bend en la entrada, diciendo:

—Lo siento. No puede entrar nadie aquí.

—Deseo ver a la doctora Norman. Haga el favor de avisarle. Soy Bend Barrow.

El asistente pareció dudar, pero luego penetró en el laboratorio, de donde no tardó en salir, diciendo:

—Puede usted pasar. La doctora le espera.

Bend entró y vio a Janet, con una bata color azul celeste acercándose y pasándose la mano por la frente. Parecía cansada, pero sonreía.

—¿Vienes a matarme, Bend? —preguntó ella, con una alegre sonrisa.

—No, pero me gustaría echarte los brazos al cuello y decirte que te quiero.

—Estoy muy ocupada, Bend. Pero me detendré un momento para tomar contigo una taza de café. ¿Hay alguna novedad?

—Ninguna, que yo sepa.

Caminaron hacia un extremo de la sala de espectrofísica, invadida de complicadas máquinas y una máquina automática que servía bocadillos y refrescos, por medio de un pulsador eléctrico.

También había un recuadro, del cual podían tomarse tazas de café caliente. Mientras hablaban, Janet presionó el pulsador y esperó.

—Tengo mucha confianza en los rayos «da—na». Si pudiera convencer a la Comisión Central de su utilidad...

—¿Te importaría mucho renunciar a tus experiencias, Janet?

—Sí, muchísimo. Y todos mis compañeros de equipo opinan como yo.

—¿Cuándo estará todo dispuesto para la prueba?

—Esta tarde, creo. Hemos aplicado un acumulador de energía. Nos han dicho que debemos efectuar una conexión con Mercurio, y para eso necesitamos consumir unos cuantos millones de vatios...

¡Ah, el café; tómatelo!

—No, tú primero. Y me apartaré para que no pueda echarte ningún veneno en la taza.

Janet se puso seria, bebiendo despacio.

—La vida es ingrata, Bend. Me viste en el televisor y te enamoraste de mí. Debido a ello, «Spion» te eligió para matarme. ¿No te parece cruel?

—Si se hubiese realizado, sí. Claro que yo no habría sabido nunca que fue mi mano la causante de tu muerte... ¡Y gracias a Kristi Sumba, estás con vida aún!

—Sí, es cierto. Y ahora soy yo quien intenta descubrir al hombre que me ha salvado la vida. Da escalofríos pensar en todo esto, lo confieso.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó Bend, señalando hacia el laboratorio, donde se movían los colaboradores de Janet en torno a la pantalla de óxido de cadmio.

—De poco puede servirnos... Aunque, ahora que pienso. Sí. Tus conocimientos de química nos serán útil —Janet fue hasta la puerta de la cabina y gritó—: Seia, por favor; ven un momento.

Una joven, vestida igual que Janet, se acercó. Llevaba un bloc de hojas de «látex» en la mano, sonreía y no aparentaba más de veinticinco años.

—Seia, éste es el ingeniero químico Bend Barrow. Trabaja en la Instalación «Cromer» y ha venido de visita. Deseo que analice la composición de los residuos del tubo «Karpens» —Janet se volvió a Bend — , Habrás de tomar precauciones especiales. Todo lo que se relaciona con este tubo me eriza los cabellos... Esos residuos que se desprenden del tubo «Karpens» nos han producido quemaduras en las manos y hemos tenido que someternos a tratamiento antirradioactivo. Pero es importante averiguar de qué están compuestos.

—Correctamente. Los analizaré en el microscopio.

Bend terminó de tomarse su café y luego siguió a las dos mujeres hasta donde estaba la gran pantalla de óxido de cadmio.

—El condensador «Z—2.351» funciona correctamente —informó un hombre que trabajaba en la máquina.

—Bien, Perry... Los residuos están dentro de esta caja. Son partículas que forman un polvillo insignificante. Creo que se

produce por la reacción violenta de los rayos expulsados al contacto con los carbones de alta frecuencia… ¡Cuidado, no te sitúes ahí!

Sin darse cuenta, Bend se había acercado peligrosamente al tubo de expulsión «Karpens», que estaba orientado hacia el catalizador situado junto al muro. Janet le sujetó, apartándole.

—Ya te dije que esto era peligroso. He pedido que nos pongan una barrera, pero no se deben acordar.

Bend miró con recelo hacia el espacio comprendido entre el tubo de expulsión de rayos y el catalizador que los anulaba. Detrás estaba la puerta corrediza que los liberaría, enviándolos al espacio.

Janet había aflojado dos tuercas de resorte y extrajo una caja cubierta con una fina tela metálica.

—Este es tu trabajo. Si no encuentras aquí suficientes elementos de análisis, puedes ir al laboratorio del profesor Chow. Pero en ese caso deberás encerrar la sustancia en una caja aislada… Pide lo que necesites.

Bend Barrow estaba observando el polvillo que contenía la rejilla. En su frente se formó una arruga.

—Ganga —dijo, secamente.

—¿Qué quieres decir?

—Lo analizaré previamente. Pero creo que es ganga.

—Y ¿qué quiere decir ganga?

—Nosotros, en los laboratorios, llamamos ganga a ciertas sustancias que se producen, aparentemente, de la nada. Y todas ellas son residuos de fusión neutra en los átomos… ¡Eso es más peligroso que producir una explosión atómica en un laboratorio!

—Ya me temía yo algo de eso —asintió Janet, contrariada—. Y mi temor aumenta al pensar en que este polvillo se producirá en mucha más abundancia cuando la pantalla funcione a todo rendimiento.

—Sería necesario poseer un recipiente mayor para contenerlo…. Y debe estar hecho de protóxido de torio… ¡La ganga producida por filtración molecular es de efectos volcánicos! De todos modos, voy a dedicarme al análisis de esto y buscaré una solución adecuada.

—¿Cuánto tiempo te llevará? Estamos trabajando contra reloj.

—No lo sé con exactitud. Tres, cuatro o cinco horas.

—Está bien. No pierdas el tiempo.

* * *

Después de efectuar un paseo, Tali Gwla regresó a la casa. Estaba sola. Su padre se había ido al laboratorio. Todo le parecía extraño, era tan distinto a como ella había vivido últimamente, en Kansas City.

El chalet era de regulares dimensiones y, evidentemente, demasiado grande para un hombre solo, como su padre, al que atendía una mujer que venía por las mañanas. Aquel día, precisamente, la mujer no venía, por ser día festivo para ella.

Y Tali no sabía qué hacer.

Se asomó a las ventanas, varias veces, viendo siempre a los inspectores de vigilancia que la protegían.

Fue a la cocina, con intención de preparar alguna cosa, para cuando regresara su padre, pero no estaba acostumbrada a guisar y desistió en cuanto encontró a faltar el primer ingrediente de una receta que encontró en un libro.

Luego, malhumorada y aburrida, se sentó delante del televisor panorámico y estuvo un rato viendo un programa, del que pronto se cansó para elegir otro.

Luego tomó un libro, extendió el reclinable y se puso a leer, junto a la ventana.

De aquel modo transcurrieron varias horas. Al fin, llegó su padre, quien la saludó afectuosamente, besándola en la mejilla.

—¿Cómo has pasado el día cariño? —preguntó Angus Gwla.

—Aburridísima. Hubiese hecho mejor yendo al Centro Médico a ocupar mi puesto. Pero temí que me asaltaran los informadores. Aquí me siento más segura.

—No te habrían dejado salir de la Base. ¿Qué te parece, si vamos a comer al restaurante automático?

—Bien, papá. ¿Cómo ha ido tu trabajo? ¿En qué estás ocupado ahora?

—Intento descubrir las propiedades de un nuevo elemento, que hemos bautizado con el nombre de «chowdio», en honor del profesor Chow. Es un mineral raro, amarillento y duro. Nos ha llegado de Titán y estamos clasificándolo.

Conversaron, mientras salían de la casa, agarrados del brazo.

La guardia de Tali se puso a seguirlos.

—Precisamente, he dejado a Bend Barrow efectuando unos análisis para el laboratorio de espectrofísica. Nos ha sorprendido llegando con unas muestras curiosas. Le he dejado en compañía del profesor Chow, quien parecía también muy interesado en el análisis. Yo he preferido venir contigo. Tanto tiempo separados...

Tali sonrió.

El restaurante automático estaba cerca. Era un edificio de doce pisos, muy concurrido a tales horas, donde se podía sentar uno a las mesas que había en derredor de los espaciosos y modernos salones y pedir, por contactos electrónicos, los platos señalados en menús. Ocultos tubos presentaban los cubiertos, en unas pequeñas cabinas que había junto a las mesas, y sólo debían ser retirados y colocados en las mesas.

No existía servicio y tampoco era necesario pagar. Se trataba de un servicio gratuito para empleados de la Base y sus familiares.

Durante la comida, los cuatro inspectores que vigilaban de cerca a Tali fueron relevados por otros cuatro. Uno de ellos, amablemente, se acercó a la mesa a ofrecer sus servicios a la doctora.

—Nos han encargado de su vigilancia y protección, señorita Gwla —dijo el funcionario, sonriendo — . Si en algo podemos ayudarla...

—No, gracias. Es usted muy amable.

—Tengo entendido que alguien puede intentar acercarse a usted... Me refiero a un sujeto llamado Kristi Sumba.

—Sí. Ya les avisaré si aparece. Pero no creo que venga. Está muy lejos de aquí.

* * *

Tali Gwla estaba completamente equivocada. Kristi Sumba se encontraba ya en Burke. Había llegado oculto en el interior de una caja que debía contener el archivo profesional de la doctora Gwla, junto con otros objetos particulares, ropas, reliquias, libros y muebles.

Tali Gwla había encargado a una agencia de transportes el envío inmediato de sus objetos. Por tratarse de una funcionaría del Centro Médico, la agencia envió a varios empleados a empaquetarlo todo,

fletando un cohete de transporte, teleguiado, en viaje directo entre Kansas City y Burke.

Era una deferencia de la agencia.

¡Y, precisamente, entre los objetos particulares de Tali, se hallaba Kristi Sumba!

El «vidente» había intentado evadirse de la impresión nefasta que le producía su viaje a Burke. Sabía que allí le iba a suceder algo terrible. Y, por todos los medios, buscaba una escapatoria que no pudo encontrar.

Sin querer, ni darse cuenta, Kristi se dirigió al apartamento de Tali Gwla. Sabía que los empleados de la agencia harían alto en su trabajo a la hora del almuerzo.

Kristi aprovechó la ocasión para subir al apartamento y ocultarse dentro de una caja, para lo cual tuvo que retirar material de archivo y ocultarlo en un armario corredizo. El mismo cerró la caja y se quedó quieto. Sabía que nadie le descubriría.

¡Sabía que llegaría a su cita con el destino!

Kristi Sumba era como un autómata. En vano intentaba no pensar, evadirse del terror de sus propios pensamientos, pero no lo conseguía en modo alguno.

Era lo peor que podía ocurrirle. Desde el instante en que mató a Arthur Busk, comprendió que sus horas estaban contadas. Había visto más allá de sí mismo. Podía ver, sin embargo, muchas cosas que ocurrirían a otras personas, en el transcurso del tiempo... ¡Pero no podía verse a sí mismo, porque él ya había cruzado el espacio multidimensional del más allá, penetrando, «in mente» en las regiones ignotas de lo desconocido!

De todo esto, Kristi Sumba había sacado una lección fantástica.

¡El no existía ya, como ser intelectual! Quizá muriese en alguna parte de su vida, quedándose su cerebro aletargado durante algún tiempo, hasta que se encontró parte de sí mismo y huyó del Sanatorio Psiquiátrico de Calcuta.

Sólo dos años, poco más o menos, había tardado en darse cuenta de que era un hombre anormal. Esto no quería decir que fuese un engendro demoníaco y perverso. Había matado para ayudar a Tali Gwla... ¡Y mató porque en su interior supo que Arthur Busk era, en parte, responsable del error que se iba a cometer con Tali Gwla!

Ahora, oculto en aquel cajón metálico, repasando los últimos

acontecimientos, Kristi comprendió que el único equivocado había sido él, matando a golpes a un hombre que pudo haberle ayudado.

Tali Gwla no iba a morir… Ni la desconocida Janet Norman tampoco.

¡El único que iba a morir, y de un modo horrible, era él mismo, Kristi Sumba!

Sintió que llegaban los operarios de la agencia de mudanzas. Sintió que transportaban el cajón hasta una plataforma aérea y que le izaban hasta un helicodisco. Luego le llevaron al aeropuerto y le metieron en un enorme cohete de transportes.

Cuando quiso darse cuenta, ya estaba volando raudo por la atmósfera, con destino a Burke, donde llegó, debido a la diferencia horaria, exactamente a la misma hora que había salido de Kansas City.

Y, por la tarde, Kristi Sumba fue enviado en un helicodisco, a la Base Darling, a su encuentro con el destino.

CAPÍTULO 8

BEND Barrow penetró en el laboratorio espectrofísico acompañado del profesor Yeu Chow. Ambos venían muy preocupados. Traían consigo un recipiente aislante, en donde estaba contenida la prueba del polvillo neutrónico.

—¿Dónde está la señorita Norman? —preguntó Bend a uno de los colaboradores de Janet.

—En la oficina de Cálculo. Aquella puerta del fondo —respondió el hombre.

—Tenga usted esto y, por favor, que nadie lo toque —dijo Bend, haciendo entrega del recipiente al ayudante de Janet.

Luego, seguido del silencioso profesor Chow, se fue hacia a oficina de Cálculo, llamando a la puerta antes de entrar.

—Adelante —respondió la voz de Janet.

Entraron y vieron a la joven, en compañía de Seia, consultando una tira de «látex» que surgía de un cerebro electrónico. Estaban en una salita de regulares dimensiones, ocupada por la máquina de cálculo, una mesa, varias sillas metálicas y un visófono internacional.

—Hola, Janet —saludó Bend, muy serio.

—¿Has efectuado el análisis? —preguntó ella.

—Sí. Me ha ayudado el profesor Chow —contestó Bend—. Y ambos estamos convencidos de que la prueba de conexión con el selector multidimensional del «Neuriscopio». no debe efectuarse.

—¡No! —exclamó Janet, decepcionada.

—Se trata de una sustancia altamente radioactiva en estado libre. ¡Es peróxido de hidrógeno!

—Pero... —empezó a decir Janet.

—Estamos seguros de una fuerte intensidad convertiría el peróxido de hidrógeno en una descarga violentísima entre el tubo «Karpens» y la atmósfera... ¡Me refiero a la temible reacción en

cadena de toda la atmósfera del planeta!

—Estamos seguros de que por esa razón, la Comisión Científica te ha prohibido efectuar los ensayos —terminó de decir Bend Barrow—. Estás jugando con la vida de toda la humanidad.

Janet Norman se había vuelto mortalmente pálida, y lo mismo le sucedió a la señorita Seia, su colaboradora.

—¿Hemos estado sentados sobre un inmenso volcán?

—Exactamente.

—Pero mis cálculos me hablan de ligeros residuos de esta sustancia.

—El peso del material analizado es de unos gramos, pero en funcionamiento intensivo, la pantalla de óxido de cadmio puede producir cincuenta o cien gramos de ese polvillo —continuó diciendo Bend Barrow, secamente—. ¡Y ésa es una cantidad suficiente para destruir totalmente la Tierra!

Janet hubo de sentarse para no caer. Bend se le acercó y musitó:

—Debes renunciar inmediatamente a esa prueba, Janet. Es sumamente peligrosa.

—Yo sólo pretendía utilizar los rayos «da—na» para localizar a Kristi Sumba.

—Eso habrá de hacerse por otro procedimiento, Janet —intervino el profesor Chow, solemnemente.

—¿Debo renunciar a mi obra, por tanto? —preguntó la joven.

—Si. Hay que parar el funcionamiento de esa máquina diabólica inmediatamente —terminó Yeu Chow.

—Aguarden un momento... Tengo otro procedimiento.

—¿Cuál? — preguntó Bend.

—Inutilizaré el tubo «Karpens». Puedo sustituirlo con moduladores de electricidad. Así no se producirá polvillo residual.

—No sé lo que quieres decir, Janet —objetó Bend.

—Sí, atiende. Estamos intentando conseguir energía suficiente para enviar los rayos «da—na» hasta una estación situada en Mercurio. Así nos lo ha hecho saber el delegado Carver. Desde allí el control multidimensional, utilizando el poder de penetración de los rayos «da—na», se podrá localizar a Kristi Sumba. Ellos tienen registrada allí su clave de identificación.

—¿Y sin utilizar el tubo «Karpens» puede funcionar la pantalla de óxido de cadmio?

—Sí. Estoy segura... Necesitaré más de un millón de voltios, pero la central de la base puede suministrárnoslo.

Bend Barrow y el profesor Chow se miraron.

—Bueno, mientras no sea necesario utilizar el expulsador de ondas del tubo «Karpens» no aumentará el peróxido de hidrógeno —admitió Bend Barrow.

—De todos modos, consultaré con el delegado Carver y le explicaré la situación —dijo Janet—, No quiero exponerme de nuevo a que «Spion» me envíe un ejecutor.

* * *

Green Carver apareció en la pantalla. Su semblante estaba preocupado.

—No es necesario que me explique usted nada, doctora Norman. Estamos en contacto directo con su mente y conozco sus problemas. En realidad, estudiamos su proceso técnico y científico más de veinte personas. Pero hemos llegado al mismo resultado que ustedes. Ahora se coteja lo descubierto por el ingeniero Barrow y el profesor Chow. Parece ser que tienen razón. Hemos estado a punto de cometer una barbaridad.

»Sin embargo, el Comisionado Superior ha intervenido en el caso de Kristi Sumba y quiere a ese sujeto bajo inmediato control. Se intenta movilizar a todos los hombres que sean precisos, a fin de localizar a ese hombre. Por datos archivados, hemos podido constatar que a su regreso de Urano, la astronave en que viajaba Kristi Sumba atravesó una fuerte tormenta cósmica. Pues bien, veintisiete de los pasajeros de aquel viaje sufrieron trastornos mentales y once de ellos murieron. Pero otros dieciséis aún viven y dos, concretamente, internos en los Sanatorios Psiquiátricos de Balmoral y Roma, respectivamente, empiezan a dar síntomas característicos del futuro. Concretamente, uno de ellos llamado Jan Lukes, que ha sido encerrado entre paredes metálicas, ha hecho asombrosos pronósticos, todos ellos acertados.

Esta noticia dejó anonadada a Janet Norman y a sus acompañantes.

—¿Quiere usted decir que se trata de una especie de plaga?

—Exactamente. Los resultados son retardados. La enfermedad

mental de esos hombres es un grave problema para todos nosotros. Pronto, según estamos apreciando, esas dieciséis personas dejarán de estar sometidas a control... ¡Y todas ellas pueden escapar gracias a su don de ver el futuro! Entonces se producirá el pánico. ¿Me ha comprendido? El Comisionado Superior insiste en que se busquen los medios necesarios para atajar el peligro. Confiábamos en su pantalla, señorita Norman. Pero, si usted nos falla, no sé lo que podemos hacer.

—Estoy segura del poder de los rayos «da—na», señor Carver. La única dificultad es el tropiezo del peróxido de hidrógeno y su propensión a reproducirse en los residuos del tubo «Karpens». Yo he pensado en sustituir ese tubo, que es poco seguro, por electricidad en grandes cantidades. Tengo el convencimiento de que el resultado será el mismo. Para evitar el peligro de la altísima frecuencia que debemos manejar, nosotros podríamos manejar los controles desde una cámara a distancia. Reforzaríamos la instalación principal y...

—Supongamos que todo eso es cierto. ¿Cuándo estaría todo listo para efectuar la prueba? —preguntó el delegado de «Spion» en la Comisión Central de la «F.I.».

Janet consultó un reloj electrónico que había en el muro y dijo:

—A las nueve en punto de esta noche. Trabajaremos sin descanso.

—De acuerdo. Háganlo. A esa hora tendremos el selector multidimensional preparado para recibir sus ondas de rayos «da—na». Voy a establecer contacto con la base de «Spion».

La comunicación del visófono internacional quedó cortada. Janet se volvió a Seia y le dijo:

—No podemos perder ni un minuto, Seia. Avisa a los demás. Recurriremos a la energía eléctrica. Se suprime toda la instalación del «Karpens».

—Un momento, Janet —intervino el profesor Chow, gravemente —, Permíteme hacerte una pregunta. ¿Estás segura de conseguir algo con esta prueba?

En vez de contestar, Janet fue hasta el cerebro electrónico y tomó la tira de «látex» que pendía de su distribuidor. Con un gesto teatral, exclamó la joven, golpeando la tira:

—¡Este resultado es positivo, profesor!

* * *

Aquella misma tarde, con veinticuatro horas de retraso, después de la llegada de su dueña, los objetos y pertenencias propiedad de Tali Gwla llegaron a la Base Darling, quedando en un almacén depósito, para ser examinados y luego entregados a su dueña.

Tali recibió una llamada de la inspección de control de la base, para que pasase al día siguiente, por la mañana, a cerciorarse si estaba todo. El registro debía efectuarse en presencia de la propietaria.

—Sí, pasaré mañana mismo —contestó Tali, satisfecha de que la agencia de mudanzas hubiese sido tan diligente.

Cerró el conmutador y se volvió a donde su padre estaba enfrascado en un complicado cálculo algebraico, como entretenimiento.

—Ya han llegado mis cosas, papá. Traigo una montaña de objetos inútiles.

—Mi casa es tuya. Arréglalo como mejor te parezca, Tali.

—Tengo objetos de adorno que deseo colocar en...

El fonovisor zumbó, interrumpiendo la conversación. Tali fue a conectarlo, respondiendo así a la llamada. En la pantalla apareció el semblante del profesor Chow.

—¿Está ahí tu padre, Tali? —preguntó el profesor.

—Sí... Papá, te llama el profesor Chow.

Angus Gwla se levantó, acercándose al aparato.

—¿Qué ocurre, Yeu?

—Estamos ayudando a la doctora Norman. Van a celebrar la prueba a las nueve en punto. ¿Te gustaría presenciarla? Promete ser algo interesante. Además te advierto que toda la base se va a quedar a oscuras. El único lugar iluminado es la cabina de observación del laboratorio de experiencias físicas.

—¿Y eso?

—Es largo de explicar. He pensado, y Janet no tiene inconveniente, en que vengáis tú y tu hija. A ella le interesará saber dónde está su hombre, cuando le localicemos.

—¡Oh, sí! —intervino Tali, entusiasmada— . Vamos, papá.

—De acuerdo, Yeu. Estaremos ahí dentro de cinco minutos.

—Os esperamos.

Angus Gwla cerró la comunicación y se volvió a su hija.

—¿Dónde crees que puede estar Kristi Sumba ahora?

—En América, sin duda. Tal vez, escondido en algún lugar de Kansas City.

¡Cuán lejos estaba Tali de suponer que unos cientos de metros la separaban del hombre que tanto la inquietaba!

Al salir de la casa, los inspectores de la guardia se les acercaron.

—¿Van a dar un paseo? —preguntó el que parecía mandar el grupo.

—Vamos al laboratorio de experiencias físicas.

—Les acompañaremos.

—No deben molestarse. No estaremos solos.

—No importa. Son órdenes.

Tali y su padre caminaron hacia el edificio en donde estaban los laboratorios. Detrás de ellos fueron los cuatro inspectores, ahora a más corta distancia, porque estaba ya anocheciendo.

Y, precisamente, en aquel mismo instante Kristi Sumba, provisto de un objeto puntiagudo, estaba desatornillando, en el almacén depósito, de la Base Darling, los últimos tornillos que le iban a permitir salir de su encierro.

La caja metálica estaba construida de forma que, con algo parecido a un destornillador, se podía abrir dos de sus lados, dejando la montura y la tapa intacta. Se había construido así, porque se suponía que jamás serían abiertos desde el interior. El contenido de la caja era propiedad particular y debía ofrecer cierta seguridad el transporte.

Sin embargo, para un individuo encerrado en su interior salir de allí no ofrecía dificultades. Kristi Sumba lo sabía.

¿Para qué había ido Kristi Sumba a Burke?

La respuesta a esta pregunta nadie podía darla. Ni siquiera el propio Kristi. Su mente era ya un auténtico caos de pensamientos contradictorios que parecían estrellarse ante un muro levantado por el futuro en su visión, y más allá del cual no era posible ver nada respecto a sí mismo.

Kristi tampoco quería evocar la fulgurante luz que le envolvía en el último instante de su visionaria existencia.

Le movía el deseo de ver a Tali Gwla. Había empezado creyéndola en peligro de muerte, debido a una confusión de

«Spion», pero sabía que todo estaba aclarado… Y ni siquiera la doctora Norman corría ya peligro alguno.

Era él quien peligraba.

Pero había algo más. Kristi estaba persuadido de que un germen anidaba en su mente. Antes no se había dado cuenta de ello. Ahora, cuando contaba ya los minutos de su vida, percibía perfectamente que su confusión mental obedecía al forcejeo inexplicable de aquel germen ubicado en su mente, como si quisiera escapar de la destrucción.

Kristi Sumba supo que iba a morir… ¡Mejor dicho, a transformarse!

Pero con él iba a desaparecer algo sumamente peligroso que llevaba consigo en su mente. Aquel «algo» era lo que le permitía adivinar el futuro y olvidar su pasado… ¡Era una entelequia sobrenatural o por llamarlo de otro modo, una especie de lava insustancial que se había apoderado de su cerebro!

Kristi terminó de abrir la caja y retiró la tapa. Entonces se deslizó fuera de su encierro. Se encontró en un lugar lleno de objetos, cajas y bultos, a oscuras. Hasta él, sin embargo, llegó un destello de luz a través de una ventana abierta y situada a media altura del techo.

Avanzó hacia allí. El silencio era absoluto. Comprobó que la ventana estaba situada a unos tres metros de altura. Pero, colocando cajas y bultos, podía alcanzarla.

Y esto fue lo que hizo. También encontró una cadena de acero flexible que amarró al cierre de un pesado cajón metálico. La cadena le serviría para descolgarse desde la ventana.

Kristi trabajó en silencio durante unos minutos, preparando su fuga del almacén. Cuando tuvo todo preparado, trepó sobre los bultos, llevando la cadena, y se encaramó en la ventana. Desde allí bajó al exterior el otro extremo de la cadena y por ella se deslizó fuera del almacén depósito.

Luego sólo tuvo que saltar una valla metálica, cruzar un seto de jardinería y llegar hasta una pasarela, cruzada por una pista móvil de transporte de superficie.

Todo aquel sector parecía desierto.

Kristi caminó, sin preocuparse de nada. Era de noche y nadie podía verle. Evitaba los lugares iluminados, dando rodeos, pero

parecía saber exactamente el lugar donde se dirigía.

En su mente, empero, la inquietud parecía ir tomando forma corpórea. Y Kristi repetía:

—La doctora Tali me puede ayudar... Ella descubrirá mi mal... ¡La necesito y me necesita! No corre peligro, pero... ¡No veo más allá! ¡Un muro sombrío se interpone y no me permite ver! ¿Qué hay detrás? ¡Necesito saberlo, llegar hasta el fin! ¡Y ya estoy cerca, muy cerca! Es allá, en aquel edificio grande.

* * *

En el centro del edificio grande, hacia donde se dirigía Kristi Sumba, existía una cabina de observación, completamente hermética, sólida como un refugio atómico, donde se encontraban Janet Norman, Bend Barrow, Tali Gwla y su padre, los ayudantes de Janet, los cuatro inspectores encargados de custodiar a Tali y dos hombres más, uno de los cuales era el director jefe de la Base Darling.

Estaban sentados casi todos en sillones metálicos, frente a una gran pantalla panorámica en la que se veía el laboratorio de espectrofísica y en su centro la máquina productora de rayos «da—na».

Janet Norman, Seia y dos ayudantes se encontraban ante un tablero de control remoto. Ante ellos tenían también dos fonovisores funcionando.

Y Janet decía, hablando hacia uno de los fonovisores, donde un técnico eléctrico esperaba tenso:

—Simes, prepárese para darnos toda la potencia. Ya puede cortar el suministro general a la base.

—Sí, doctora. Son las nueve menos diez minutos.

—Necesitaremos cinco minutos para excitar la pantalla. Luego, abriremos la compuerta del laboratorio y los rayos empezarán a surgir en dirección a Mercurio. ¿Me escucha usted, delegado Carver? —añadió Janet, volviéndose al otro fonovisor.

—Sí. Todas sus palabras están siendo repetidas simultáneamente a nuestros científicos.

—Bien. Creo que el resultado será un éxito —terminó Janet.

—Así lo esperamos.

Bend Barrow, nervioso, se levantó de su asiento y fue hacia Janet.

—¿Cuántos minutos faltan?

—Ocho minutos, Bend. Es mejor que vuelvas a tu asiento.

—¿Y si estalla la máquina?

—¡No puede estallar! ¡Nada puede fallar! Dentro de poco sabremos dónde está Kristi Sumba por medio de la interpolación de los rayos «da—na» con el selector multidimensional. El propio cerebro perturbado de Kristi Sumba nos revelará su presencia en algún lugar de la Tierra.

Bend no respondió y regresó a su asiento. No había hecho más que sentarse, cuando, al fijarse en la pantalla panorámica observó un detalle anormal dentro del laboratorio de espectrofísica.

—¡Janet! —gritó, volviéndose a poner en pie de un salto—. ¡El tubo «Karpens» se está iluminando!

—No... No puede ser —musitó Janet, mirando hacia la gran pantalla — . Está desconectado. Lo hizo Seia y yo lo repasé.

Todos se habían puesto en pie, alarmados, sin comprender exactamente lo que ocurría.

¡Pero el tubo «Karpens», pese a lo que dijera Janet, adquiría, por momentos, una coloración amarillenta!

—¿Qué ocurre? —preguntó Geen Carver, a través del fonovisor.

—No lo sabemos. Quizás tiene inducción magnética. Estamos acelerando progresivamente la potencia del selector... ¡Y tenemos que someter la pantalla de óxido de cadmio a un millón de voltios! ¡Ya es la hora!

La luz osciló, disminuyendo de potencia. Para todos los que presenciaban la experiencia desde la cabina de seguridad, pareció como si le faltase el aliento.

—Ya está funcionando. ¡Se descorre la compuerta exterior del laboratorio! —gritó uno de los ayudantes de Janet.

—¡Alto, Simes; alto, por el amor de Dios! ¡Corten el suministro, esa pantalla está vibrando y el tubo «Karpens» adquiere un color rojo violento!

—¡No puede ser, doctora Norman! —gritó el hombre llamado Simes — . Para sostener la tensión hemos bloqueado las «reíais».

— ¡Miren! —exclamó, de pronto Tali Gwla, con un chillido estridente.

En la pantalla panorámica de observación, pudieron ver a una figura penetrando en el laboratorio, ¡precisamente por la compuerta exterior!

¡Y aquel hombre era Kristi Sumba, acudiendo a su cita con el destino!

CAPÍTULO 9

BEND Barrow se lanzó vertiginosamente hacia la salida de la cabina hermética, presionando el resorte automático para abrirla. Pero la electricidad se había cortado en toda la base, alimentando exclusivamente el laboratorio de espectrofísica.

—¡Tengo que impedirle que le alcancen los rayos «da—na»! —gritó Bend.

—¡Cuatro minutos! —gritó la voz de Simes.

—¡Corten el suministro! ¡Va a estallar todo! —chilló Janet Norman, con los ojos desorbitados, fijos en la figura que avanzaba hacia el centro del laboratorio—, ¡Apártese de ahí!

Tali Gwla también gritó.

Pero Kristi Sumba no podía oír nada. Se movía despacio, como si estuviese atraído por el poder mágico del tubo «Karpens», que fluctuaba ya peligrosamente, despidiendo rayos blancos.

Todos los demás observadores estaban paralizados, atónitos.

—¡Tengo que salir de aquí y llegar al laboratorio! —bramaba Bend, golpeando la cerrada puerta — . Señor, ¡tiene que existir una salida auxiliar!

El director de la base se volvió a Bend y señaló un rectángulo, en el centro del cual había una palanca circular.

—Esa es la salida auxiliar.

—¡Tres minutos y medio! —pareció vibrar la voz del ingeniero electricista Simes.

Bend Barrow saltó hacia la puerta auxiliar y giró la rueda, tirando fuertemente hacia sí. La compuerta auxiliar se abrió y Bend salió velozmente, sin escuchar la voz de Janet, que le gritaba:

—¡No, Bend; por el amor de Dios; no vayas al laboratorio!

El joven ingeniero químico salió como un huracán, sin escuchar nada. Conocía el camino hacia el laboratorio. Tenía que doblar un pasillo y luego correr por una rampa inclinada, hasta desembocar ante la sala, al fondo de la cual estaba el laboratorio de espectrofísica.

Volando, más que corriendo, Bend efectuó el recorrido en menos de un minuto.

Pero cuando llegó ante la puerta del laboratorio, por mucho que presionó el pulsador para abrirla, la puerta no se movió.

Se pegó a la puerta, golpeándola ferozmente, mientras gritaba:

—¡Apártese de ahí! ¡Salga al exterior, señor Sumba! ¡Retírese o será destruido!

Entonces, apoyado contra la cerrada puerta, Bend sintió que todo el muro empezaba a vibrar.

Retrocedió unos pasos. ¡Y entonces, como si la vibración hubiese hecho funcionar los resortes electrónicos que mantenían cerrada la puerta, ésta empezó a descorrerse!

Bend se acercó y miró al interior del laboratorio, enteramente iluminado por una luz blanca y brillante que casi le cegó... ¡Y entonces vio a Kristi Sumba en medio de la zona barrida por las radiaciones del tubo «Karpens»!

Y Kristi Sumba se crispaba violentamente, torturado por la potente descarga que atravesaba su cuerpo.

Precisamente, y esto se habría de saber más tarde, el cuerpo del infeliz, evitó una tremenda explosión del tubo «Karpens», que, aunque desconectado, la terrible tensión eléctrica había puesto a funcionar por inducción magnética.

Kristi Sumba, acudiendo a su cita con el destino, se interpuso en medio de la feroz corriente y su cuerpo hizo de catalizador.

Todos pudieron ver cómo se volatizaban sus ropas, en una débil humareda. E incluso le oyeron gritar:

— ¡Al fin...! ¡Libre!

Un instante después se desmaterializaba en el aire, víctima de un espantoso fogonazo que cegó a Bend y le hizo caer violentamente al suelo, mientras una llamarada de fuego pasó sobre él, surgiendo del interior del laboratorio.

¡Y todo el edificio pareció ser sacudido por un espantoso

cataclismo!

Bend ya no pudo percibir nada más porque perdió el conocimiento.

* * *

El ingeniero químico de la Instalación «Cromer» salvó su vida por puro milagro, aunque sufrió quemaduras tan graves que los médicos del Centro oficial de Burke dudaron de salvarle.

Durante diez días estuvieron aplicándole sueros especiales. Luego, le operaron, injertándole carne artificial por medio de un procedimiento nuevo, derivado de la cirugía plástica.

Luego, le sometieron a tratamientos térmicos y le aplicaron comprimidos de oxígeno líquido, a temperaturas espantosamente bajas, hasta conseguir que su nueva epidermis obrase como la suya propia. En la cara apenas fue necesario hacerle un retoque, porque Bend se había cubierto el rostro con las manos, en el último instante.

Un mes después, el enfermo fue «recuperado» artificialmente, encontrándole los médicos en estado satisfactorio. Entonces se la dejó de inyectar alimento y se le administraron proteínas por vía bucal.

A los pocos días de su «recuperación», Bend se encontraba casi perfectamente, había recobrado las energías y pudo recibir visitas. Y, naturalmente, la primera visita que tuvo fue la de una doctora del Centro Médico: Tali Gwla.

La joven psiquiatra penetró en la salita y exclamó:

—Enhorabuena, ingeniero Barrow. Me alegro muchísimo de verle restablecido.

—¡Señorita Gwla! ¿Qué me ocurrió?

—Muchas cosas. Fue usted un temerario y ahora está pagando las consecuencias. Pero lo peor ya ha pasado... Debe saber que Janet Norman ha estado todos los días preguntando por usted.

—¿Y... el laboratorio de espectrofísica?

—Quedó totalmente destruido. La explosión sacudió todo el edificio de la Base. Aunque ya está todo reconstruido.

—¿Murió Kristi Sumba?

—No se encontró de él ni una partícula. Aquello fue peor que

una explosión atómica… Pero será mejor que se lo cuente todo Janet Norman. Le prometí que no le diría a usted nada hasta que ella viniera. Ahora, descanse.

—Siento que me hormiguea el cuerpo.

—Es natural. Sufrió grandes quemaduras. La operación que le han hecho ha ocupado a diez cirujanos durante veinticinco días. Otro, en su lugar, ya estaría muerto. Pero parece ser que ha habido gran interés en salvar lo poco que quedaba de usted… ¡Y ahí le tenemos, fresco y guapo como antes!

Bend no respondió. Cuando salió Tali, llamó a un asistente y le pidió un espejo. Fue atendido y se entretuvo un rato contemplándose el rostro. Le habían cortado el cabello, o tal creyó, y apenas si tenía unos milímetros de pelo en la cabeza.

También había de saber que le habían injertado cabello humano. Su semblante era igual, sin embargo, aunque mostraba rojeces en las mejillas y en la nariz.

Un médico que le examinó le dijo que no debía preocuparse.

—Todo esto desaparecerá en cuanto haga usted vida normal. El aire y el sol terminarán nuestra labor. Tendrá que hacer un poco de ejercicio, nadar, correr, saltar y respirar aire puro y en pocos meses se sentirá de nuevo como antes.

Y a los pocos días, ya incorporado en el lecho, vino a verle Janet Norman, que vestía un precioso y moderno conjunto malva claro. La acompañaba el profesor Chow y Tali Gwla.

Janet se echó impulsivamente en brazos de Bend, besándole y llorando, mientras musitaba, emocionada:

—Bend…, amor mío… Creí que no te vería más… ¡Cuando te recogimos…! ¡Oh, estabas…!

—Vamos, vamos. Olvídalo, cariño —suplicó Bend — . Aquello pasó hace ya mucho tiempo. ¿Por qué has tardado tanto en venir a verme?

—Hasta ayer no me dieron permiso para venir —dijo Janet—, ¿Para qué nos sirve tener una amiga en este Centro?

—¡No ha sido culpa mía! —se defendió Tali, alegremente—. Yo te decía todos los días que iba mejorando.

—Bueno, ya no importa — Janet se había sentado al borde del lecho, mientras el profesor Chow lo hacía en una silla reclinable que Tali hizo salir del suelo por conducto electrónico.

—No ha querido explicarme nada —se lamentó Bend, señalando a Tali.

—Yo se lo prohibí terminantemente —declaró Janet—. Era yo quien tenía que explicarte lo sucedido.

—Bueno, ¿y qué sucedió? —preguntó Bend.

—Kristi Sumba estaba en Burke. Había llegado poco antes de efectuar el experimento, dentro de los objetos pertenecientes a Tali. Ya sabes que se dejan en depósito y se abren en presencia del interesado. Kristi Sumba se escapó de una caja y fue directamente hacia el laboratorio. Cuando abrimos la compuerta para enviar al espacio los rayos «da—na», entró él, interponiéndose entre el tubo «Karpens» y el catalizador de descarga. Y ahora agárrate fuerte, Bend...! ¡Hemos podido averiguar que Kristi Sumba nos salvó a todos la vida! ¡No a todos nosotros, sino a toda la humanidad!

—¡Demonios! ¿Evitó la reacción en cadena?

—Exactamente. Imagínate el poder del «xastli» que llevaba en su mente, para poder absorber todo el potencial atómico que se desencadenó en aquellos segundos.

—¿Qué dices? ¿Qué es eso del «xas...» que tú has mencionado?

—La historia es larga y creo que Janet no ha empezado a explicártela por el principio —intervino el profesor Chow—. La verdad es que en la mente de Kristi Sumba anidaba algo que no podemos llamar más que como lo ha mencionado un testigo revelador, llamado Jan Lukes...

—Bueno, bueno... ¡Cada vez lo entiendo menos! —protestó Bend, confuso.

—Jan Lukes es otro demente —dijo Janet—, Está en un manicomio de Roma. Sufrió un fuerte choque en el mismo instante en que murió Kristi Sumba.

—¿Uno de los dieciséis enfermos que aún siguen con vida, y que regresaron de Urano hace años? —preguntó Bend.

—Exactamente —asintió Janet — , Por ese Jan hemos averiguado la verdad. Los hechos, empezando por un principio, fueron los siguientes. En aquel viaje, al atravesar una fuerte tormenta cósmica, algo que Jan ha llamado «xastli», y que no puede ser más que «algo cargado de energía», penetró en la mente de aquellos hombres, anidando en ellos.

»A unos, esta presencia energética, en sus mentes les produjo la

muerte. A otros, la locura. Kristi Sumba debía ser el más afectado por el contagio del «xastli». Primero enloqueció y luego empezó a vislumbrar el futuro, siendo capaz de adivinar lo que iba a suceder.

»Por la confusión creada en torno a la presunta ejecución de Tali Gwla, él debía saber que ella iba a morir. Debimos ser nosotros, o ella, al sospechar de ti, los que le inducimos a pensar eso.

»Se escapó, agrediendo a Arthur Busk y se introdujo en las cajas de mobiliario que una agencia de Kansas City ha enviado a Tali. A nadie se le ocurrió que pudiera estar allí escondido. Esos objetos fueron enviados por cohete. Una vez aquí, como atraído por una fuerza irresistible. Kristi se dirigió hacia el laboratorio en donde estábamos efectuando la experiencia.

»Y ahí es donde parece existir cierta confusión. Green Carver asegura que Kristi iba al encuentro de sí mismo. Estaba magnetizado. Yo creo que buscaba a Tali Gwla.

—¡Y yo creo —exclamó el profesor Chow—, que iba hacia una tempestad cósmica, pues eso, y no otra cosa, fue lo que se produjo, artificialmente, dentro del laboratorio!

—Como verás —siguió diciendo Janet — , hay opiniones de todas clases. Y creo que la verdad no la sabremos nunca.

»EI caso es que aquel hombrecillo, al penetrar en el laboratorio, fue hacia la pantalla de óxido de cadmio, como si fuese una fuente de energía negativa atraída por otra de energía positiva… El tubo «Karpens» estaba desconectado, pero la energía mental de Kristi lo hizo funcionar, a medida que se acercaba a ello.

»Y ya sabes el resto, Nosotros, desde la cabina hermética, vimos a Kristi un instante, crispándose en medio de terribles dolores, para luego desaparecer dentro de una espantosa llamarada.

Al terminar de decir esto, todos se quedaron en silencio, mirándose fijamente, como si la impresión del recuerdo fuese tan viva como en el instante en que se produjo.

Al cabo de un instante, Bend musitó:

—¿Y cómo sabéis que Kristi Sumba nos ha salvado a todos la vida?

—Sí, eso es lo que nos ha dicho Green Carver —añadió el profesor Chow—. Esto se ha sabido por Jan Lukes, quien ahora está en tratamiento de recuperación, igual que los otros catorce afectados por el «xastli».

»Jan Lukes recibió un fuerte choque psíquico en el mismo momento en que murió Kristi Sumba. Luego, al reponerse, ha podido explicarlo todo, más o menos coherentemente.

Asegura que ese «xastli» es algo que produce más energía, allí donde existe cualquier tipo de energía, aunque sea neurónica. La amenaza estaba latente y oculta en las mentes de esos hombres, e iba adquiriendo volumen.

«Jan había visto el futuro mucho más allá de Kristi Sumba. Incluso había recibido órdenes. El también debía escapar del manicomio. Su control multidimensional apenas si funcionaba ya, y por tanto pronto iba a quedar incontrolado, como Kristi y los otros.

«En ese momento. Jan Lukes habría obedecido el mandato de su amo mental, para producir con nuestras máquinas y generadores, una clase de energía negativa, que alimentaría las mentes de otros seres, extendiéndose la plaga a toda la humanidad. ¡Pero todos habríamos sido esclavos del «xastli»!

—Eso es inaudito y asombroso —dijo Bend.

—Yo no sé lo que hay de cierto en todo eso. Es la versión oficial, lo que nos han dicho... ¡Y cabe la posibilidad de que sea cierto!

* * *

Una semana después, Bend Barrow fue dado de alta en el Centro Médico. Janet Norman le estaba esperando en la sala de visitas. Se habían visto casi todos los días.

Ahora, ya recuperado del todo, Bend y Janet se abrazaron, y agarrados del brazo, salieron al exterior, donde esperaba el coche de ella.

—He presentado mi dimisión oficial y me ha sido concedida —dijo Janet, un poco tristemente.

El la miró a los ojos.

—¿Te pesa?

—Sí, un poco.

—Yo te ofrezco una existencia más placentera. Nos dedicaremos a viajar, viviremos el uno para el otro.

—¡Por ti he renunciado a todo!

El la besó apasionadamente. Luego, ambos subieron al coche y se dirigieron hacia la Base Darling, donde tenían que despedirse

ambos de sus amigos y recoger sus equipajes.

—Ya ha pasado todo.

—¿Y los rayos «da—na»?

—Hemos invertido las sílabas... ¡Y han quedado en «na—da»! —replicó Janet, haciendo un patético juego de palabras — . La Comisión Científica no quiere que continuemos haciendo experiencias. Sin embargo, me han recompensado con un título de profesora y me han concedido una pensión vitalicia.

—No te hará falta.

Mientras él conducía el vehículo, Janet apoyó su cabeza sobre el hombro de él y entornó los ojos, musitando:

—Ahora quiero efectuar una experiencia.

—¿Cuál?

—Deseo conocer la felicidad.

—Yo te haré todo lo feliz que te mereces.

—He pensado en ir a Inglaterra en viaje de novios. Deseo que conozcas a mi familia.

—Sí, naturalmente. En la Instalación «Cromer» me darán seis meses de permiso para contraer matrimonio. Viaje de novios en la Luna, excursión a Marte, donde veremos las ruinas subterráneas de Glatla, y luego compraremos una finca, en los alrededores de Sídney.

—Deseo tener hijos, Bend.

—¡Tendremos seis, ya lo verás!

* * *

En casa del profesor Chow aguardaba a Bend una sorpresa. Allí estaban Angus Gwla, su hija, la señora Chow, el profesor, el director de la Base Darling, los ayudantes de Janet y un equipo de T.V., con sus cámaras preparadas.

Nada más aparecer Bend en la entrada, todos se pusieron a cantarle una canción laudatoria, mientras las cámaras empezaban a funcionar, y el popular locutor Albert Green se acercaba, sonriendo y llevando en la mano un micrófono radiogónico.

—¡Aquí llega la feliz pareja! ¡Este es Bend Barrow, un hombre al que «Spion» eligió para ejecutar a Janet Norman... La justicia es importante, incluso la Comisión Central de la «F.l.» comete errores,

pero mucho mayor lo estaba cometiendo la doctora. Perdón, la profesora Janet Norman.

La aludida estaba consternada por aquel recibimiento. Se sonrojó al ver allí al locutor y se volvió a Bend, diciéndole:

—¡Defiéndeme de ese hombre, Bend!

Bend no vaciló. Avanzó hacia Albert Green y, bruscamente, descargó su puño con toda la violencia que había en su cuerpo. Alcanzado de lleno en plena boca, el locutor salió despedido contra la cámara principal, derribándola.

El alboroto fue colosal. Y mientras unos ayudaban a Albert Green a levantarse, Bend explicó:

—Hace tiempo que tenía deseos de pegar a este hombre. Ahora, si me lo permite, le estrecharé la mano. No quiero guardar rencor a nadie en el día más feliz de mi vida.

El locutor de T.V., se acercó a Bend y le tendió la mano.

—Pero, de todas formas, si no hubiera sido por mí, ustedes no se habrían conocido.

—Bueno, tal vez sí —admitió Janet.

—Y yo sabía que los rayos «da—na» no nos iban a beneficiar mucho —insistió Green.

—También es cierto.

—Bueno, olvidémoslo todo... ¡y vivan los novios!

Había buena voluntad y sana alegría y pronto dejaron de funcionar las cámaras, para levantar todos sus copas en un círculo, en el centro del cual estaban Bend y Janet, abrazados, prometiéndose eterna felicidad.

Y Albert Green, hombre de mundo, puso sus ojos en Tali Gwla, diciéndose:

«Quizás yo también empiece a pensar en la familia».

Tali Gwla miró al joven locutor y se sonrojó.

FIN